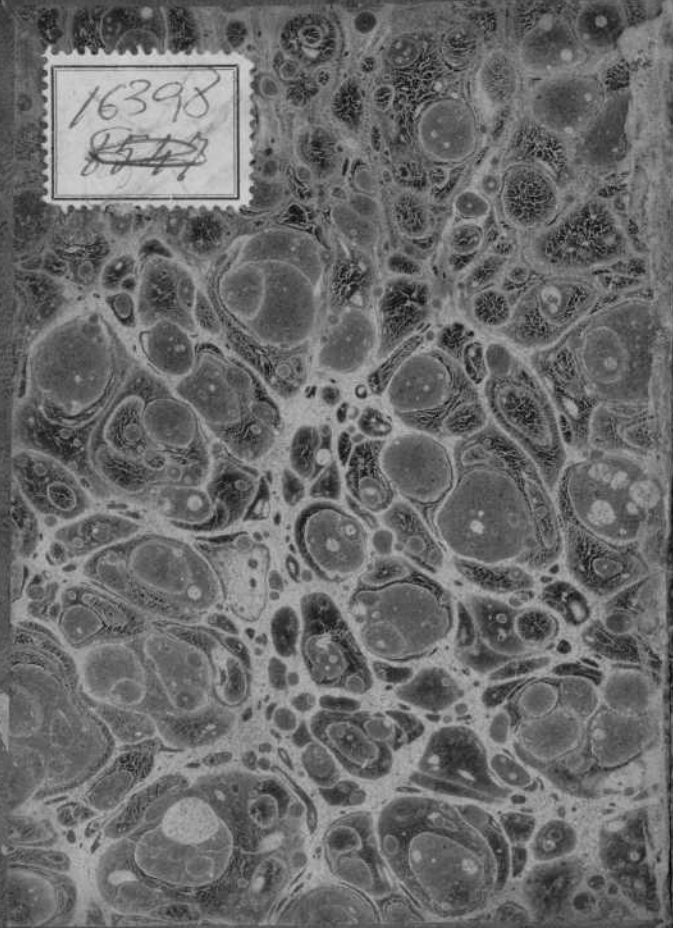
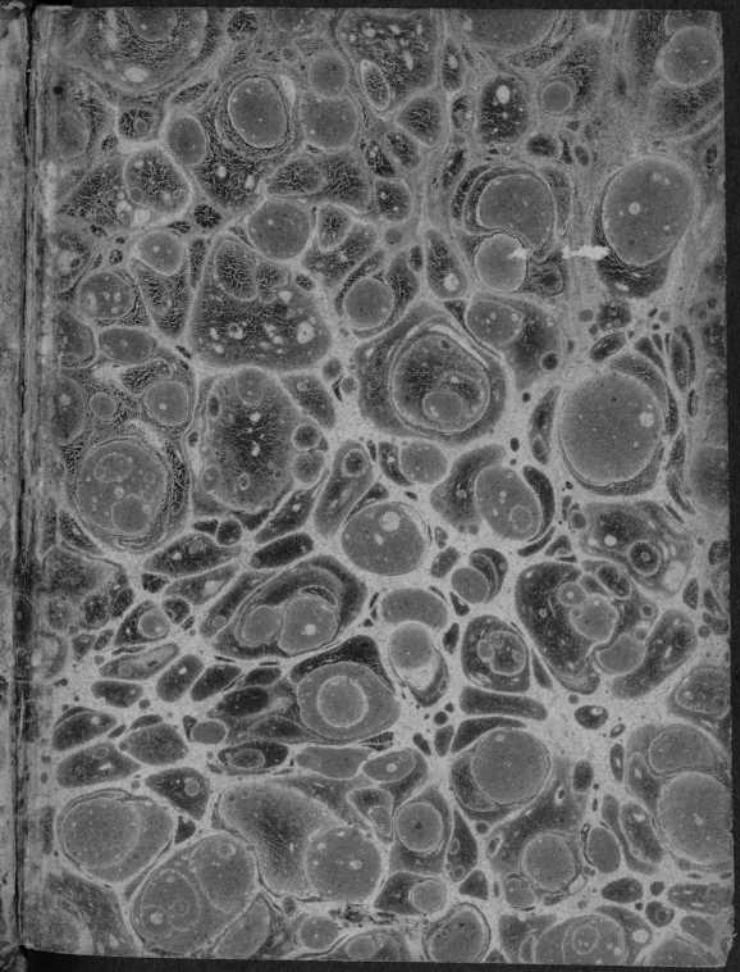


98



16398
~~8547~~





~~401~~
~~106~~

16720

64.

DEVEREUX.

DEVEREUX.

40
126 Je

DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

Por D. Nemesio Fernandez Cuesta,

TOMO I.

Fin

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

Mayo, 1847,

DEWEY

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

1897

Nov 1897



DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON BULWER.

CAPITULO I.

Del nacimiento del héroe, y de su parentela.—Nada dista mas del término de las cosas que su principio.

Mi abuelo Sir Arturo Devereux (Dios le tenga en descanso) era un caballero de la antigua nobleza, poseedor de una hacien-

da bastante grande para mantener la dignidad de media docena de pares como los que hay desde el tiempo de Jacobo I. Sin embargo, prefería la órden ecuestre á la de los patricios, y habiendo desechado todas las ofertas de elevacion que se le hicieron, no dejó á su posteridad mas títulos que los de su patrimonio.

Sir Arturo tuvo dos hijos ambos varones; á su muerte, mi padre, que era el mas jóven, abandonó la casa paterna, se despidió de su hermano, suplicó á los feos retratos de sus antepasados que le inspirasen y salió de su patria para alistarse como voluntario en los ejércitos de aquel Luis, que despues fué llamado el Grande. Muy poco diré de él, porque la vida de un soldado solo tiene dos acontecimientos dignos de recordarse, su primera y su última campaña. Mi tio hizo lo que todos sus antepasados habian he-

cho, y habiéndose puesto baratas las dignidades, vino á la córte de Cárlos II donde le dieron entrada en la órden ecuestre. Tanto le gustó la metrópoli, que se propuso no salir de ella nunca; se dió algun tanto á la disipacion y al libertinage, perdió en el juego doble de lo que valia la parte de herencia que habia cabido á su hermano, escribió una comedia corregida por Etherege y se casó con una mujer de las que recomendaba Rochester. Su mujer le dió un niño seis meses despues de su matrimonio, y en el mismo dia en que se representaba su comedia. Felizmente para el honor de la familia mi tio tuvo la suerte de Plimneo, rey de Sicione, y toda su descendencia (es decir el niño y la comedia) murieron al nacer. Solamente mi tio no sabia qué hacer con su esposa, único tesoro que le habia quedado, y cuya presteza en darle posteridad se habia mani-

festado tan milagrosamente; pero ella le evitó la molestia de largas cavilaciones, ejercicio á que no era muy inclinado. Habia un caballero en la corte, célebre por su aire grave y solemne; mi tia se empeñó en imitar á Orfeo, y seis semanas despues de su encierro puso las piedras en movimiento y se escapó. ¡Pobre caballero! Mucha paciencia necesitaba un hombre que nunca habia salido de su paso para sufrir las consecuencias de los dos sucesos extraordinarios que le acaecieron en la misma semana: pues apenas se habia recobrado del susto de tener que huir con mi tia, le alcanzó mi tio y le pasó de parte á parte poniendo término á sus galantes aventuras. Los ingenios de aquel tiempo escribieron epigramas sobre este suceso, y mi tio, que era un leon ante la punta de una espada, no tenia valor para sostener el ataque de un epigrama. Reti-

róse, pues, al campo, lleno de disgusto y de gota. Allí su buen natural rompió los lazos con que el artificio y el disimulo le habian tenido oprimido, y dirigiendo sus posesiones dignas de un príncipe, se consoló de las mortificaciones que habia experimentado en la deshonrosa carrera de cortesano.

Hasta aquí he hablado algo ligeramente de mi tío, que aun en su disipacion no merecia gran fama porque era demasiado honrado y sencillo para brillar en la corrompida corte de Carlos II. Pero en su retiro ya no era el mismo; y no podia darse un hombre de carácter mas amable que Sir William Devereux presidiendo en el gran salon de su palacio la solemnidad de la Noche buena.

¡Pobre anciano! Sus mismos defectos eran los que mas nos agradaban; su vanidad inspiraba afecto por la mucha bon-

dad que siempre la acompañaba , y cuanto mas nos hacia sonreir la una , tanto mas respetábamos la otra.

Una particularidad tenia, muy natural en un hombre de su tiempo, y á quien habia sucedido con su esposa el caso que ya he contado , y era una aversion extraordinaria al matrimonio: para él los casamientos hechos en edad temprana significaban miseria ; los que se hacian por capricho idiotismo , y en general el mejor matrimonio, aun mirado bajo el mas agradable aspecto, era una viva imagen del infierno. Sin embargo , Sir William Devereux no era descortés con las damas , al contrario nunca tuvo el bello sexo mas humilde servidor , pues así como en su opinion nada rebajaba mas á un hombre ilustrado que el matrimonio, del mismo modo creia que nada le realzaba tanto como la galantería.

Tenia tambien la debilidad comun á todos los viejos , la garrulidad ; refería los cuentos mas graciosos del mundo sin omitir nada de ellos escepto lo que tenian de picante. Esta omision no nacia de falta de memoria ni de gracia , sino de falta de la malicia natural en todos los hombres chistosos. No podia obligar á sus lábios á repetir un sarcasmo ofensivo aunque la ofensa fuese dirigida á los muertos ó á los ingratos , y cuando llegaba al punto en que estaba la sal de la historia , su buen natural se rebelaba y aun á despecho suyo la omitia. Era de figura noble , algo gastada prematuramente por la disipacion , pero no por eso menos interesante ; alto , de rostro alegre y risueño en que estaba pintada la bondad de su corazon. Gastaba el trage que se habia estilado veinte años antes y era muy esmerado en la eleccion de las medias de seda. Aquí para entre

nosotros , se jactaba de tener buena pier-
na, y un cumplimiento sobre este par-
ticular siempre era de él bien recibido.

La soledad de la casa de mi tío fué
interrumpida por una invasion de tres
muchachos , no de los mas pacíficos , y
su madre, que siendo la mujer mas ama-
ble y melancólica, parecia el emblema
del silencio primitivo del cual habia naci-
do el tumulto. Estos tres muchachos eran
mis dos hermanos y yo. Mi padre, que ha-
bia cobrado grande afecto á Luis XIV, nun-
ca quiso dejar su servicio, y el gran rey
le colmó de honores y mercedes , las cua-
les no impidieron que muriese de las he-
ridas recibidas en una batalla , siendo con-
de y mariscal, lleno de fama pero vacío de
bolsillo. Se habia casado dos veces : su
primera mujer, que murió sin posteridad,
era hija de la noble casa de la Tremouille;
la segunda, mi madre, descendia de la

rama mas jóven de la familia inglesa de Howard. Educada en su pais natal y en vida retirada y costumbres sencillas, nunca pudo aficionarse á vivir entre el jovial pueblo que su marido habia adoptado como patria suya. A la muerte de éste se apresuró á volver á Inglaterra, y rehusando con un tanto de honroso orgullo la magnífica pension que Luis XIV quería darle como á la viuda de su favorito, vino con sus hijos á reclamar de mi tio el afecto y la asistencia á que creia tener derecho.

Mi tio nos recibió con sincera alegría. Prescindiendo de lo mucho que amaba á mi padre y del orgullo que le inspiraban sus brillantes hazañas que añadian nuevo lustre á la familia, el buen viejo se regocijaba en extremo con la idea de tener cuatro nuevos oyentes, entre los cuales podria escoger su heredero: así es que

en breve nos quiso tanto como nosotros á él. Cuando llegamos á casa de mi tío tenia yo doce años; mi hermano segundo (éramos gemelos) habia nacido una hora despues que yo, y el tercero tenia quince meses menos. Nunca fuí yo el favorito de mi madre. En primer lugar, mis hermanos, especialmente el mas jóven, eran extraordinariamente hermosos, y yo cuando mas podia pasar por tolerable; en segundo lugar, las cualidades de mi entendimiento parecian tan inferiores á las de mis hermanos, como las del cuerpo. Era holgazan y perezoso, de genio áspero y altivo, y solo tenia gracia para mofarme de mis hermanos, y para reñir con el de mi misma edad: así decian y así pensaban todos cuantos en nuestra niñez nos conocieron, de lo cual se sigue, ó que yo era muy poco amable, ó que no me hacian justicia.

Pero con admiracion mia y de mis parientes cambió mi suerte de tal modo, que apenas nos hubimos establecido en casa de mi tio, cuando llegué á ser objeto de su predileccion. La causa de esto era que en realidad á mí me gustaban mas el caballero y sus cuentos que á mis hermanos, y que la primera vez que le ví elogí la belleza de sus medias de seda, y hablé con encomios de la hermosa constitucion de su pierna; ¡de tales bagatelas nace el afecto! A la verdad nuestra mutua adhesion progresó tanto que á poco tiempo éramos ya inseparables, y cuando el conocimiento que fuí teniendo del mundo, me hizo escuchar con gusto las historias de la corte y de los cortesanos, mi tio me devolvió el cumplimiento diciendome de mi talento lo que un pescador de caña decia del rio Lea, que encontraría mucho en él quien por largo tiem-

po dejara en el agua sus anzuelos.

No era esto todo: mi tío y yo éramos como las aguas de Alfeo y Aretusa, que nada se arrojaba al uno que á poco tiempo no flotase en la superficie del otro. Todos los cuentos ó leyendas que Sir William me enseñaba (y algunos, para decir verdad, tenían una lijera tinta del libertinage de los tiempos en que mi tío habia vivido), los refería yo cuando hallaba ocasion á quien quería oírlos, y pocos hay que puedan jactarse de haber escitado á la edad de trece años y tantas veces como yo la risa de los hombres y el rubor de las mujeres. Esta circunstancia, al paso que aumentaba mi vanidad, hacia las delicias de mi tío, y como yo inventase por su consejo algunos enredos, él se veía siempre obligado á defenderme de las acusaciones de que era causa. Nadie defiende á otro por mucho tiempo sin

que se aumente su cariño hácia él, y tal vez Sir William Devereux y el mayor de sus sobrinos han sido los únicos aliados del mundo que no han tenido celos uno de otro.

CAPITULO II.

Consulta de familia.—El cura.—La mudanza de vida.

—Estais echando á perder á los chicos, mi querido Sir William, dijo mi madre un dia en que yo me habia mostrado muy travieso, y el padre Montreuil declara que es absolutamente necesario que vayan á la escuela.

—¿A la escuela? dijo mi tio acariciando la pierna derecha al tiempo de ponerla sobre la izquierda, ¿á la escuela, señora? Sin duda os chanceais. ¿Y para qué?

—Para que aprendan, querido Sir William.

—¡Ah! es verdad, teneis razon, dijo mi tio en tono de desconfianza. Siguió á estas palabras un rato de silencio: mi ma-

dre pasaba las cuentas de su rosario, mi tío se quedó entre tanto meditabundo, mi hermano segundo me pellizcaba la pierna por debajo de la mesa á lo cual yo respondia con un disimulado puntapie, y mi hermano menor fijaba sus grandes negros y vivos ojos en un cuadro de la sacra familia, colgado en la pared de enfrente.

—Mi tío rompió el silencio diciendo de improviso:

—Pardiez, señora (los juramentos de mi tío eran tan antiguos como su trage, es decir, del tiempo de Carlos II). Pardiez, señora, he combinado ya otro plan mejor que ese; los muchachos tendrán instruccion sin necesidad de que vayan al colegio.

—¿Y cómo, Sir William?

—Enseñándolos yo mismo, señora, y Sir William se dió una palmada en la pantorrilla que estaba acariciando.

Mi madre se sonrió.

—Podeis reiros, señora, pero habeis de saber que yo y lord Dorset fuimos los mejores estudiantes de la época, yo os haré leer mi comedia para convenceros.

—Sí, madre, dije yo, leed la comedia del tío ¿quereis que diga á mamá algunos de los chistes de ella, tío?

Mi madre movió la cabeza horrorizada y se puso el dedo en la boca para darme á entender su reprobacion. Mi tío no dijo nada, pero me guiñó el ojo; yo comprendí la seña é iba á empezar la narracion de mi chiste, cuando se abrió la puerta y entró el padre Montreuil. Mi tío dejó caer la pierna derecha y el chiste quedó suprimido. Nadie inspiraba un temor mas profundo y religioso que el padre Montreuil. Este entró sonriéndose; mi madre le recibió como á un aliado.

—Padre, dijo levantándose, justamen-

te estaba ahora hablando á mi hermano de la necesidad de enviar mis hijos al colegio; y me ha propuesto una alternativa que vos podreis discutir con él.

—¿Y cuál es? dijo Montreuil tomando una silla y dando dos golpecitos en la cabeza de mi hermano Gerald con aire de benevolencia.

—El educarlos por sí mismo, contestó mi madre con cierta especie de gravedad satírica. Mi tío hizo un movimiento de disgusto como si por la primera vez encontrase algo ridícula la proposicion.

Los delgados lábios del cura se contrajeron con una sonrisa, que desapareció al momento convirtiéndose en expresion de respetuosa aprobacion.

—Admirable plan, dijo con gravedad, pero al cual pueden hacerse algunas pequeñas objeciones que Sir William me permitirá manifestarle.

Mi madre nos llamó y nos retiramos de la sala con ella. Poco despues ví á mi tío; el padre Montreuil habia logrado vencerle. En la semana siguiente todos tres fuimos al colegio. Mi padre era católico y mi madre tambien, por consiguiente fuimos educados en esta religion. Pero mi tío, cuyas creencias nadie habia conocido en la corte, era un terrible disputador cuando se trataba de los santos misterios del catolicismo, lo cual hacia que sus amigos le tuviesen por protestante, y sus enemigos, falsamente sin duda, le creyesen escéptico. Cuando el padre Montreuil nos siguió desde Francia á casa de mi tío, este tenia preparados muchos y muy amargos chistes para recibirle, y movia la cabeza con aire de duda cuando oia la respetuosa pintura que hacíamos del huesped que esperábamos. Pero lo cierto fué que apenas vió al cura, se des-

vaneció como humo toda su provision de burlas, ni un solo chiste se le ocurrió, y la serena y tranquila faz del eclesiástico pareció infundir en el ánimo jovial del caballero el mismo temor que, segun se supone, infunde la mirada del hombre en los mas innobles animales, cuyas malignas intenciones reduce á la impotencia. Y sin embargo nada mas suave que las maneras del padre Montreuil, nada mas mundano que su urbanidad y su aspecto. Su trage tenia muy poco de eclesiástico, su conversacion era mas bien familiar que sería; el padre Montreuil escuchaba constantemente cada sílaba que salia de la boca del caballero con muestras de la mayor atencion y del mas profundo respeto.

¿En qué consistia, pues, que aquel hombre singular nunca dejase de obtener un ascendiente mezclado con cierto temor sobre el ánimo de aquellos en cuya

compañía se hallaba? Este era un secreto que mi tío nunca pudo descubrir y que yo solo supe mucho tiempo despues. Consistia parte en la magia de un entendimiento extraordinario y poderoso, parte en su aspecto y maneras que parecian mas sarcásticas cuanto mayor respeto aparentaban, y parte en su aire como de un hombre que nunca está satisfecho de sí mismo, lo cual no quiere decir que fuese reservado, cauteloso, ni taciturno, sino que manifestaba cierta cortedad indescriptible, semejante á la de uno que representa un papel que tiene bien aprendido, pero que le es en cierto modo desagradable. Esta cortedad, sin embargo, era bastante grande para comunicarse á los demas y hacerles abandonar la dignidad que á él, cosa extraña, nunca le abandonaba.

Era de humilde origen, pero en sus

modales y aspecto no se conocia su nacimiento. En su semblante se advertia mas bien la espresion del orgullo que de la familiaridad: siempre rígido, sério y frio, aun en sus sonrisas parecia observarse una espresion notable de imperio y de soberbia. Era de estatura un poco mas que mediana, y si su cuerpo no hubiese sido extraordinariamente fuerte y musculoso, la total carencia de carne supérflua habria dado á su enjuto rostro casi la apariencia de un espectro. En realidad no pasaba de los 28 años; pero su elevada y espaciosa frente estaba tan llena de arrugas y líneas; su aire era tan tranquilo y sereno; su semblante carecia hasta tal punto de la redondez y elasticidad que caracterizan la juventud, que nadie de los que le veian podia considerarle sino como un viejo. Sóbrio hasta el punto de mortificarse habitualmente, exacto como una máquina

en sus frecuentes y severas devociones, así como su cuerpo no tenia la frescura y lozanía de la juventud, así tambien su alma carecia de las pasiones juveniles.

Pero la gravedad en él no era el insignificante velo que cubre la imbecilidad y que la Rochefoucauld tan acertadamente llamó el *misterio del cuerpo*: la variedad y profundidad de sus conocimientos mantenian el respeto que su porte insensiblemente infundia. Además de su instruccion en las lenguas muertas, sabia las principales de Europa, es decir, la suya, el inglés, el italiano, el alemán y el español, y las sabia con no menos perfeccion que los naturales de cada uno de estos países, y las hablaba con poco menos afluencia que ellos; no solamente tenia la llave de los diversos depósitos de riqueza intelectual, sino que poseia sus tesoros. Habia sido educado en Saint-Omer; y

tan jóven como era, se habia granjeado no pequeña reputacion entre sus hermanos los individuos de esa ilustre y célebre compañía de Jesus, que ha producido al mismo tiempo los hombres mas malos y los mas buenos que en el mundo cristiano han podido verse; que con su acertado celo por estender los conocimientos humanos, ha adquirido grandes títulos á la gratitud de la posteridad; pero que por desgracia, habiendo patrocinado ciertas doctrinas escolásticas, que por los hombres sutiles y viciosos pueden fácilmente ser consideradas como la sancion de la inmoralidad mas sistematizada y peligrosa, ha atraido sobre los que las profesan un odio casi universal y que la mayor parte de ellos no merecen.

Tan bien establecida estaba la reputacion del padre Montreuil, que cuando tres años antes de la época de que voy hablan-

do fué elegido para el destino que ocupaba en nuestra familia, consideramos nosotros tan feliz la ocasion que nos proporcionaba la ventaja de tener tan instruido y piadoso preceptor, como él consideró la de obtener un empleo de tanta confianza en la casa de un mariscal de Francia favorito de Luis XIV.

Era chistoso ver el ascendiente que poco á poco iba tomando sobre mi tio, y el temeroso disgusto con que el buen caballero le miraba, aunque procuraba disimularlo. Tal vez fué aquella la única ocasion en que Sir William Devereux fué hipócrita.

Basta de hablar del padre Montreuil; hablemos de su empleo. Fuimos en efecto al colegio; nuestra separacion de mi tio fué patética, especialmente la mia. —Pardiez, señor conde, me dijo al oido, (yo llevaba el título de mi padre) pardiez

no hagas caso de lo que los curas viejos te enseñen; el verdadero hombre de talento no necesita las añejas lecciones de las escuelas para figurar en el mundo; no sujetes tu genio, hijo mio; lee mi comedia y el *Hombre de moda* del buen Jorge Etherege; ambas producciones despertarán tu entusiasmo, despues que le hayan hecho dormir esas antiguas páginas que Homero (pobre hombre) compuso dormitando. Dios te bendiga, hijo mio; escribeme; nadie, ni aun tu madre, verá las cartas, y..... y está seguro, querido, que no permitiré que te desmayes de cansancio. El libro de la vida es el mejor de todos los libros, y un ingenio natural es el único lente con que podemos leer bien en él.

Tales fueron los consejos que me dió mi tio al marchar, los cuales debe confesarse, que unidos á las dos piezas dra-

máticas de que antes he hablado, podian servir de mucho á un aspirante á honores académicos. En realidad Sir William Devereux estaba imbuido en las ideas de aquel tiempo, segun las cuales la habilidad y la inspiracion eran una misma cosa, de modo que á no ser completamente holgazan, nadie podia ser completamente un genio. Mi tio, segun creo, pensaba que el saber adquiere sus joyas como dice Abu-Zeid-el-Hassan (1) que creian los filósofos chinos que las ostras cogian las perlas, es decir *bostezando*.

(1) En sus comentarios sobre China por dos viajeros.

CAPITULO III.

Cambio de conducta y de carácter. — Nuestras malas pasiones suelen producir á veces buenos efectos ; y vice versa los buenos modales suelen á veces tener por causa un principio de corrupcion; porque los sentimientos están tan mezclados en el hombre, que al desterrar de nosotros los que son desagradables á los demas, desterramos con frecuencia los que son apreciables en si mismos.

Mi segundo hermano Gerald era un muchacho alto, fuerte y hermoso, que tenia gran aficion á los verdaderos estudios académicos, unida á una extraordinaria viveza y á muy felices disposiciones. Sin embargo, era indolente por naturale-

za en las cosas que se oponian á su carácter, inclinado al placer, y con todas sus cualidades personales se mezclaba cierto principio de irresolucion, que hacia que un hombre sereno y determinado pudiera facilmente atemorizarle ó persuadirle. Debo decir tambien que despedido y todo como era, su despejo tenia muy poco de elevado y extraordinario; siendo su talento, por decirlo así, mecánico y de la especie de los que producen prodigiosos muchachos pero hombres *medianos*. En otra familia habria sido considerado el mas hermoso de todos; en la nuestra era tenido por el de mas talento.

Mi hermano menor Aubrey, muy diferente de Gerald, así en las cualidades del alma como en las del cuerpo, era melancólico, amable, sensible y vivo, de ánimo irresoluto como una mujer y de gusto decidido por la lectura, que variaba

segun el capricho de cada hora. Era el mas hermoso de los tres y el favorito de mi madre. Nunea he visto rostro de hombre mas perfecto, mas animado ni mas delicadamente hermoso que el de Aubrey Devereux. Sus cabellos suaves, lustrosos y ensortijados caian con profusion sobre su rostro mas blanco que el mármol; sus ojos eran negros y de blando mirar como los de una jóven georgiana; sus lábios, sus dientes y el contorno de su cara, estaban vaciados en el mismo molde femenino é intachable; sus manos habrian dado envidia á Madama de Tisseure, cuyo amante ofreció seis mil marcos á la mujer europea que pudiese gastar sus guantes; su figura hubiera obligado á Titania á abandonar á su page, y el rey de las Hadas no habria quedado contento con el cambio.

Tales eran mis dos hermanos, ó mas bien tales me parecian á mí; porque es

un hecho cierto, aunque parece raro, que no podemos juzgar de nuestros próximos parientes tan bien como juzgan los demas; y apelo á cualquiera de mis lectores para que me diga si no se ha equivocado mas veces en los juicios que ha formado respecto á sus parientes, que en la opinion que ha concebido respecto á los estraños.

Siempre habia amado á Aubrèy, pero mi familia no habia consentido que él me amase; y habíamos pasado tan poco tiempo juntos, que no nos era comun ninguno de esos recuerdos de la niñez, que despues son los mas poderosos para cimentar y sostener el afecto. En una palabra, yo era el menos querido de la familia. Lo que fuí en mi primera niñez no puedo decirlo; pero sí recuerdo que aun no tenia diez años cuando mi familia empezó á desconfiar de que yo pudiese ser bueno

para algo y á formar pronósticos fundados en esta desconfianza. Mi padre contaba que me habia reido *de la gloria y del gran monarca* la primera vez que intentó esplicarme el valor de la una, y la grandeza del otro. Mi madre decia que ni me parecia á mi padre en los ojos, ni á ella en la sonrisa ; que era pesado en mis cartas y ligero de lengua ; y en toda la casa no se hablaba de otra cosa si no de mi aspereza y de lo venenoso de mis respuestas. Montreuil al encargarse de su empleo, no solo participó de las opiniones de mi familia respecto á mí , sino que favoreció y escitó la especie de mala voluntad con que era mirado , no sé si por seguir la máxima *divide y vencerás* tan agradable á su carácter , ó por solo el gusto de mezclarse é intrigar en todo, gusto que en él , lo mismo que en Alberoni, así se manifestaba en las cosas peque-

ñas como en las grandes; lo cierto es que fomentaba las disensiones y ensanchaba el espacio que de mis hermanos me iba separando. ¡Ah! á pesar de todo creo que mi único crimen era mi candor. Tenia yo un espíritu de franqueza inaccesible al temor, y mi venganza de todos los castigos que se me imponian consistia en hablar verídicamente de los que me castigaban. La calumnia no causa tanto dolor al calumniado como la verdad al vanidoso; nada hay para la fina piel de la vanidad mas terrible, que la aplicacion de la áspera y fria verdad. Cuando tuve mas edad conocí mi poder y di rienda suelta á mi carácter; siendo reprendido por mis sarcasmos, me lisonjeaba con creer que tenia talento; así no cesaba de lanzar equívocos, pullas y epigramas, hasta que atormentaba á los demas, tanto como yo mismo estaba atormentado. El secreto de

todo esto consistia en que no era feliz: nadie me amaba, bien lo sabia, conocia la injusticia con que todos me trataban y por conocerla se me hacia mas amarga. Nuestros sentimientos, especialmente en la juventud, se parecen á la hoja que, segun dice un antiguo viajero, se estiende y desarrolla con el calor, mientras que con el frio no solo se arruga y encoge, sino que presenta al espectador espinas, que antes habia tenido ocultas en la faz opuesta.

La enemistad entre mi hermano Gerald y yo, era mortal; su robustez, su estatura y sus fuerzas eran mayores que las mias, y lejos de tenerme el respeto á que yo creia que me daba derecho mi prioridad de nacimiento, aprovechaba todas las ocasiones de mofarse de mi pretension y de defender la suya, apoyándola en su mayor fuerza y vigor. Era de ver cómo

reñíamos á puñadas y con qué ardor entrábamos en la pelea. No hay pasión humana que pueda compararse con un buen odio fraternal. Mi madre aseguraba que nos había sentido reñir en su seno, aun antes de nuestro nacimiento; y después ciertamente que no perdimos el tiempo. Tanto mi padre como mi madre, sentían que yo hubiese venido al mundo una hora antes que mi hermano; y el mismo Gerald consideraba esta circunstancia como una especie de trampa ó de juego de manos, que le había hecho perder la prerogativa de la primogenitura. Esto le exasperaba, y como era más querido que yo, mis buenos padres, en vez de procurar desarraigarse de su corazón tan malhadado pensamiento, no tenían escrúpulo en quejarse delante de él de que yo fuese el primogénito. Creo que la verdadera causa de no habernos permitido que tomásemos

en casa las lecciones del padre Montreuil (que era admirable maestro) y de habernos enviado al colegio, fué únicamente el deseo de evitar que mi tío se acabase de decidir en mi favor. Sin embargo, Montreuil nos acompañó á nuestra academia y permaneció con nosotros durante los tres años que en ella estuvimos perfeccionando nuestra educacion.

Al final del segundo año se acordó en el colegio dar un premio al que mejor saliese de un severo exámen: dos meses antes de que este exámen se verificara, nos trasladamos á casa para pasar aquel tiempo en compañía de la familia. Despues de comer me mandó mi tío que le acompañase á dar un paseo por el parque; hícelo así; emprendimos nuestro paseo por la márgen de un riachuelo que regaba el campo, y despues de haber andado un rato se detuvo mi tío y rompió el silencio.

—Morton, me dijo mirándose la pierna izquierda, Morton, veamos; ya tienes bastante edad, catorce años por lo menos.

—Quince, tío, contesté estirándome todo lo posible para parecer mas alto.

—Bien, hijo mio, quince años son la mejor edad de la vida. Sin embargo, tu hermano Gerald es dos pulgadas mas alto que tú.

—Pero yo le venzo en todo, tío, dije poniéndome colorado y apretando los puños.

Mi tío se bajó un poco la vuelta de encaje que adornaba su manga derecha.

—Muy bien Morton, dijo, ya sé que eres valiente; pero te quisiera menos héroe y mas estudioso; quisiera que llevases ventaja á tu hermano en el griego, como se la llevas en la lucha á puñetazos. Sobre esto te contaré lo que decia el viejo Rowley;—y mi tío ocupó un cuarto de hora

en referirme un cuento. El cuento, y mucho mas la risa que en mí produjo, dilataron el corazon del buen anciano.—Picaruelo, dijo, deteniéndose de repente y apretando mi mano con un vigoroso esfuerzo de amor y de músculos,—picaruelo, te quiero, voto va, te quiero mas que á ninguno de tus dos hermanos, con el cura de avinagrado gesto por contera; pero siento en el alma oír lo que he oído de tí. Dicen que eres el muchacho mas holgazan y abandonado de todo el colegio, que siempre estas riñendo con tu hermano Gerald y burlándote de tu madre y de mí.

—¿Quién dice eso? ¿Quién se atreve á decir eso? exclamé yo con un énfasis que hubiera asustado á un hombre menos valiente que Sir William Devereux. Mienten, tio, mienten, vive Dios. Seré holgazan, podré ser abandonado, confieso que tengo continuas pependencias con mi herma-

no; pero burlarme de vos ni de mi madre, nunca, nunca. ¡ Vos que habeis sido tan bondadoso para mí, el único que se ha mostrado bueno conmigo! No, no, nunca he podido pensar en cometer semejante infamia; y al decir esto se anegaron en lágrimas mis ojos.

Mi emocion afectó extraordinariamente á mi tío. Mira, niño, dijo, yo no los creo, pardiez, no los creo ni una palabra. Te contaré un lance que pasó con Sedley; sí, te le contaré, aunque será luego porque ahora estoy demasiado conmovido. Voy á decirte lo que has de hacer, hijo mio. Dicen que va á haber un exámen en el colegio ¿eh? El cura me ha dicho que Gerald será seguramente quien gane el premio y que tú quedarás de los últimos. Ahora bien, Morton, es preciso que venzas á tu hermano y dejes corrido al jesuita. Te hablo con toda el alma: en-

juga esas lágrimas, hijo mio, y te contaré la graciosa ocurrencia de Sedley. Estábamos un dia en el jardin de las moreras... y Sir William refirió el cuento.

Enjuagué mis lágrimas, apreté la mano á mi tio y luego que pude me separé de él, corrí á mi cuarto y me puse á reflexionar.

Cuando mi tio me propuso que venciese á Gerald en el exámen, nada le pareció mas fácil: el buen viejo se complacía en pensar que yo tenia mas talento que mi hermano, y el talento, segun su opinion, era la llave maestra de todas las ciencias. Un problema de Euclides, una frase de Píndaro, un secreto de astronomía ó un pasaje oscuro de la Biblia eran enigmas en cuya solucion nada tenian que ver la aplicacion y el estudio. El talento natural era para él una especie de nigromancia, con la cual á la primera ojeada

podia penetrarse cualquier misterio; y todos los conocimientos en su opinion, como el leer y escribir en la del sábio Dogberry, los infundia la naturaleza en el hombre. ¡Ah! no participaba yo de ilusion tan agradable; antes bien exageraba la dificultad de mi empresa, tanto que á primera vista me pareció que á no ser por un milagro no podria arrebatarse el premio á mi hermano. Gerald, muchacho de talento natural como he dicho antes, y de gran disposicion para los estudios clásicos, auxiliado eficazmente con las lecciones de Montreuil, era considerado como el primero del colegio; y aunque yo estaba convencido de que en algunos ramos del saber le aventajaba, como hasta entonces no habia tenido estímulo sino para las luchas corporales, nunca habia pensado en disputarle una reputacion, de que me cuidaba tanto menos, cuanto que

siempre había oído decir que jamás podría yo aspirar á ser comparado con el *genio* de los Devereux.

Pero en esta ocasion me sentí animado de un nuevo espíritu: me examiné á mí mismo con severa imparcialidad; comparé mis conocimientos con los de mi hermano; saqué de sus recónditos rincones los desconocidos y casi olvidados tesoros que de tiempo en tiempo había ido acumulando en mi memoria; pasé una revista general de todos ellos á fin de pulimentarlos para que pudieran serme útiles; y estimulado del afecto por una parte y por otra del odio, pasé de la desconfianza á la duda y de la duda á la ardiente esperanza. A nadie participé mis designios; exigí de mi tío la promesa de no descubrirlos; me encerré en mi cuarto; hice correr la voz de que estaba indispuerto; no quise ver á nadie, ni aun

al capellan; deseché sus instrucciones porque le consideraba como enemigo, y en los dos meses que faltaban para el examen, estudié día y noche con una constante aplicacion, de que hasta entonces no me habia creído capaz.

Aunque poco atento á las esplicaciones no habia sido completamente holgazán. Deseaba emplearme en investigaciones mas difíciles de las que comunmente se proponen á los estudiantes en las escuelas, y en realidad mis dos hermanos y yo habíamos recibido del jesuita tantos y tan juiciosos consejos durante nuestros primeros años, que no era posible que los ejercicios intelectuales nos disgustasen. Entonces preví que podría desplegar con buen éxito muchos de los conocimientos que antes habia adquirido, muchas nociones que nadie sospechaba en mí, ya sobre los usos y costumbres de los anti-

guos, ya sobre su literatura, nociones que la curiosidad me habia hecho obtener, y que yo sabia que nunca habian entrado en la cabeza de los que contentos con su reputacion en los ejercicios rutinarios de la academia, pocas veces habian pensado en hacer escursiones por menos frecuentados caminos. Por fortuna para mí, Gerald estaba tan cierto de su triunfo, que no tomó ninguna precaucion para asegurarlo, y como ninguno de nuestros condiscípulos tenia bastante vanidad para pensar en disputarle la palma, hasta el mismo capellan creyó justificada su indolencia.

Llegó el dia del exámen. Sir William, mi madre y toda la aristocracia de la poblacion asistieron á él. El padre Montreuil vino á mi cuarto pocas horas antes de que principiase, pero halló la puerta cerrada con llave,

—Adusto jóven, dijo, abrid; vengo á instancia de vuestro hermano Aubrey á prepararos un poco para el exámen.

—Es verdad que viene á instancia mia, dijo en tono suplicante la suave y argentina voz de Aubrey; querido Morton, déjale entrar, hazlo por mí.

—Retiraos, dije yo en tono áspero desde adentro, retiraos, ambos sois mis enemigos y calumniadores; venis á insultar mi desgracia aun antes de que suceda, pero tal vez os llevareis chasco.

—¿No quereis abrir la puerta? dijo el cura.

—No; retiraos.

—Este muchacho deshonrará á su familia, dijo Montreuil al marcharse.

—Va á quedar afrentado, dijo tristemente Aubrey.

Yo me quedé riendo de ellos. El convencimiento de la propia fuerza es tanto

mas agradable, cuanto mas débiles nos suponen los demas.

La mayor parte de nuestro exámen consistia en responder por escrito á ciertas preguntas que nos habian sido dadas tres dias antes del acto final: para el último dia estaba reservada la composicion (así se llamaba) en verso y prosa, y el exámen general sobre unas cuantas materias, cuya inteligencia estaba al alcance de la generalidad, al mismo tiempo que nos proporcionaban el medio de hacer un ejercicio brillante. Cuando Gerald dió su papel y respondió á las preguntas verbales, se esparció por todo el salon un murmullo de admiracion y ansiedad. Su persona era tan hermosa, sus modales tan agraciados, su voz tan sonora y reposada que escitó en su favor una profunda y universal simpatía. El presidente le cumplimentó en público, añadiendo sin em-

bargo que sentia que su discípulo no hubiese respondido bien en algunos puntos de poca importancia.

Yo entré despues en exámen porque seguia á Gerald en la clase. A tiempo de atravesar el salon levanté la vista hácia la galería en que mi tio y sus amigos estaban. Vi á mi madre hablar con el jesuita, cuyas miradas severas, frias é irónicas se fijaban en mí; pero mi tio estaba apoyado en la balaustrada de la galería teniendo en la mano su sombrero de pluma, con el cual, para animarme, me hizo un gracioso saludo con aire tan bondadoso y jovial, que escitó todo mi orgullo é hizo que mis pasos adquiriesen mayor firmeza al acercarme al cónclave de los catedráticos.

—Morton Devereux, dijo el presidente con voz tranquila, austera y tan alta que llenó toda la sala, hemos examinado

vuestros trabajos en estos tres dias y nos han causado no menos sorpresa que placer. Preparaos para responder ahora á las preguntas que vamos á dirigiros.

Al terminar el presidente estas palabras, se oyó en el sitio donde estaban mi tio y mi familia un gran murmullo, que gradualmente se fué esparciendo por todo el salon. Volví á mirar arriba, mi madre tenia la cara vuelta á otro lado, la del cura era impenetrable; pero ví que mi tio se limpiaba los ojos y sentí que los míos se llenaban tambien de lágrimas. Volvíme inmediatamente hácia los jueces y les presenté mi composicion; el presidente la recibió, la puso á un lado y procedió al exámen verbal.

Sabiendo yo los puntos en que mi hermano Gerald era débil, habia puesto especial atencion en todas las minuciosidades escolásticas, y mi prevision me sirvió de

mucho en aquel momento. Concluido el exámen se leyó mi composicion; despues hice una reverencia y me retiré al otro extremo de la sala. No gozaba yo de tanta popularidad como Gerald; él tenia una multitud de gente á su alrededor; yo estaba solo. Me apoyé en una columna con los brazos cruzados, dando á mi semblante una espresion propia para ocultar las emociones que interiormente me agitaban. Mi mirada se encontró entonces con la de Gerald: vile ponerse pálido y temblar, y á pesar de nuestra enemistad le tuve lástima. Las peores pasiones se calman con el triunfo, y yo preveia que el mio estaba próximo.

Concluyóse el exámen de todos los discípulos. Los catedráticos se retiraron un momento; despues volvieron y se sentaron. La primera voz que oí fué la que pronunciaba mi propio nombre: yo era

el vencedor del dia ; era mas, porque habia adelantado en cien puntos á mi hermano. Sentí que se me iba la cabeza , y que el aliento me abandonaba : por muchas pruebas he pasado despues en mi vida ; muchos triunfos he conseguido, pero ninguno me ha conmovido tanto como me conmovió aquel. Dejé el salon, sin escuchar apenas los aplausos con que resonaba. Corrí á mi cuarto, y me arrojé en la cama delirando de gozo : solo la satisfaccion del primer amor ó de la primera vanidad pueden proporcionar un placer semejante al que entonces experimentaba.

¡ Ah ! Deberían estimularse nuestras buenas pasiones , aunque no fuese mas que por el placer de recordar sus efectos ; debería soltarse la rienda á toda escitacion violenta de este género , menos por el gusto presente que por el que su memoria causa despues.

Los pasos de mi tío fueron la primera cosa que turbó mi soledad.

—Pardiez, hijo mio, dijo llorando como un niño, muy bien, lo has hecho muy bien. Casi desearía ser muchacho para igualarme contigo; pardiez, lo desearía. Mira lo que es aprender algo de mundo: si no hubieses leído mi comedia ¿crees que lo habrias hecho tan bien? No, hijo mio, yo he aguzado tu talento; el honrado Jorje Etherege y yo te hemos proporcionado este triunfo; y cuando seas mayor y te pregunten quien te hizo hombre, debes decir: la comedia de mi tío. No te rias, no; á este propósito te contaré lo que sucedió en una ocasion, y que viene muy á pelo. Rochester, yo y Sedley estábamos paseándonos un dia, y aquí para entre los dos, esperando la hora de ciertas citas, ¡hem! Yo estaba algo triste pensando en mi catástrofe, es decir,

en la catástrofe de mi comedia. En esto, dijo Sedley guiñando el ojo á Rochester, qué triste está Devereux. No tal, contesté yo, viendo que trataban de darme broma, porque ya sabes que eran terribles para esto; no tal, Sid (llamábamos á Sedley Sid), habeis tomado una cosa por otra. Esto le dije yo, Morton, con cierto airecillo picante, porque cuando vayas á la corte sabrás que allí no se toma nada sin dar antes. Entonces Rochester dijo, mirándome de un modo truanesco, la cosa mas graciosa contra Sedley que yo he oido; fué una feliz espresion que dió que hablar á toda la corte por espacio de tres semanas. Dijo.... pero no, hijo mio, era demasiado verde y no te la puedo repetir. Pobre Sid, era un buen hombre, aunque algo malicioso: ya ha muerto; su muerte me causó gran sentimiento, y escribí algo acerca de ella. Pero no te en-

tristezas porque no te haya dicho la ocurrencia de Rochester, pues la sustancia del caso es la que te he contado. Y ahora ponte el sombrero y ven conmigo: te he sacado licencia para venir á dar un paseo con tu anciano tío.

Aquella noche cuando me estaba desnudando oí andar quedito en la puerta, y Aubrey entró. Acercóse á mí con timidez, y echándome los brazos al cuello me besó en silencio. Hacia muchos años que no veía yo tanto cariño en él; así la muestra que acababa de darme me dejó por un momento mudo y sorprendido. Al fin, dije con la sardónica sonrisa que me es habitual cuando hablo con aquellas personas de quienes creo tener derecho á pensar mal.

—Perdona, querido hermano, la sorpresa que me causa tan portentoso y repentino cambio. Examina bien mi cuar-

to, y dime, si te place, qué tesoro desearas que pase de mi poder al tuyo.

—Tu cariño, Morton, dijo Aubrey retrocediendo con un movimiento de orgullo, pero no de enojo; tu cariño, no pido mas.

—Seguramente, querido Aubrey, dije yo, el favor me parece demasiado pequeño para el tiempo que tu modestia ha tardado en pedirle, porque creo que has estado algunos años cobrando ánimo para esta petición.

—Escúchame, Morton, dijo Aubrey conteniendo su emoción, siempre has sido mi hermano mas querido. Desde los primeros años de mi niñez, mi corazón se inclinó á tí con preferencia. ¿Te acuerdas del dia en que me persiguió un furioso toro, y tú, que entonces solo tenias diez años, te pusiste delante de él para defenderme á riesgo de tu vida?

¿Piensas que yo he podido olvidar esto, aunque entonces era muy niño? Nunca, Morton, nunca.

Antes de que yo pudiese responderle, se abrió la puerta y entró el padre Montreuil.—Jóvenes, dijo, y la única luz que habia en el cuarto iluminó de lleno sus inalterables, rígidas é imperiosas facciones; jóvenes, el cielo os hizo amigos y hermanos, y debéis serlo. Morton, yo os he agraviado, y lo confieso, aquí está mi mano: Aubrey, olvidese todo escepto vuestro cariño, y las grandes esperanzas que dá vuestro hermano de aventajar á todos en los estudios. Esto diciendo, el padre Montreuil unió nuestras manos. Miré á Aubrey, y me conmoví. Arrojeme en sus brazos llorando.

—Así me gusta, dijo Montreuil mirándonos con un aire de complacencia que daba mas fealdad á su semblante, y

tomando el brazo de mi hermano nos echó la bendición y salió del cuarto con Aubrey.

Aquel dia formó una nueva época en mi vida de muchacho. Desde entonces adquirí una buena cualidad y una mala. Habiendo conocido las ventajas de la aplicacion , me hice aplicado. Hasta entonces me habia distinguido por una agilidad poco comun en los ejercicios corporales ; agilidad que suplía á mi falta de fuerzas ; pero desde entonces procuré fortalecer mi entendimiento mas bien que mi cuerpo ; comencé á ejercitar las facultades intelectuales , y me hice estudioso. Hasta aquí todo iba bien ; pero cuantos mas conocimientos alcanzaba, mas cauteloso iba siendo ; ya no me parecia el candor la mas hermosa de las virtudes ; pensaba antes de hablar, y el segundo pensamiento hacia cambiar algunas veces el

sentido de mi discurso ; en suma, hombres del próximo siglo, para deciros la verdad, confesaré que el condecito Devereux se hizo un poco hipócrita.

CAPITULO IV.

*Discusion entre dos personas astutas.—
Liga de amistad.—Dos caracteres desco-
nocidos el uno para el otro , y ambos ig-
norados del lector.*

El padre Montreuil tenia ya particu-
lares atenciones conmigo. Un dia hizo que
Gerald y yo almorzásemos con él , y en
todo el almuerzo no nos habló mas que
de la amistad que debe reinar entre her-
manos. Nosotros participamos de su opi-
nion , y como todos los filósofos, no por
reconocer los mismos principios los prac-
ticamos mejor en adelante. Tal vez el cu-
ra á pesar de sus magníficos discursos,
era la verdadera causa de nuestra ene-
midad. Sin embargo, no volvimos á re-
ñir, evitábamos mutuamente nuestro en-

cuentro , y al fin llegamos á ser uno para el otro tan corteses, y á encontrarnos tan distantes como esas líneas matemáticas que parece que se esfuerzan en aproximarse mutuamente, y que á pesar de eso siempre hay el mismo espacio entre ellas. ¡ Oh ! la cortesanía es la mejor invencion posible para dos personas recíprocamente antipáticas ! Aubrey y yo , eramos inseparables , y ambos ganábamos en ello, porque yo me iba haciendo mas amable y él se hacia mas varonil ; por mi parte puedo decir que la bondad de su carácter suavizaba tanto la aspereza del mio, que al fin aprendí á sonreirme de un modo agradable , por lo menos tantas veces como me sonreia de un modo irónico.

El cura habia llegado á obtener maravilloso ascendiente sobre Aubrey ; el pobre muchacho pensaba tanto en la otra vida , que habia perdido toda la aficion

á las cosas de este mundo. Vivía en perpetuo temor de pecar ; era una especie de químico de su conciencia que pesaba las acciones por escrúpulos. El juego, las carreras á pie ó á caballo, la risa que ocasionaba una chanza, las comidas de campo eran para él pecados extraordinarios: y una vez, por haber comido veinte y tres cerezas en vez de diez y ocho, le encontré haciendo penitencia, descalzo, andando sobre las piedras del fogon en una de las noches mas crudas del invierno, casi enteramente desnudo y temblando como la hoja en el árbol bajo la influencia combinada del frio y de la devocion. Al principio procuré luchar contra su inmoderada aficion á las prácticas devotas y á la penitencia; pero viendo que recibia mis amonestaciones con gran disgusto y con cierto horror, le dejé que siguiese el camino á que sus gustos é in-

clinaciones le llamaban. Solamente tuve cuidado de vigilar las acciones del cura, procurando, al paso que admitia con aparente satisfaccion las atenciones que tenia conmigo, averiguar el motivo secreto de ellas. No sospechaba yo que sus intenciones fueran buenas, y lo que aumentaba mis sospechas era ver que habia elegido diferentes medios para captarse nuestra voluntad, segun la idea que tenia del carácter de cada uno de nosotros. A mi hermano Gerald le atemorizaba ó le persuadia con solo la influencia de su superior talento; con Aubrey empleaba el mecanismo de la supersticion; á mí ni me hablaba de religion, ni me amenazaba, ni trataba de persuadirme á seguir su dictámen, sino que lo dejaba todo al fallo de mi razon y de mi ambicion. Solia estarse hablando conmigo horas enteras acerca del mundo y de sus cosas, de las

córtes y de los reyes, sin pedantería ni afectacion ; en estas conversaciones ponderaba las ventajas de la inteligencia para adquirir poder y dirigir las acciones de los demas ; y cuando me veia dispuesto á satirizar á los hombres por lo que de ellos habia leído , apoyaba mis sarcasmos con observaciones fundadas en su propia experiencia del carácter de los hombres que habia visto. Cada uno de los dos procuraba (al menos de mí puedo responder) penetrar el verdadero carácter del otro, y tal vez el talento diplomático que despues me granjeó algun aplauso, lo debo á las escaramuzas que tuve con el padre Montreuil.

Llegó el dia en que debiamos salir para siempre del colegio. Aubrey acababa de dejarme para rezar sus devociones, yo me habia quedado solo sentado á la chimenea , cuando el padre Montreuil entró

pausadamente en mi cuarto. Sentóse junto á mí y despues de haberme saludado guardó un profundo silencio, que yo fui el primero en romper.

—Decidme, padre capellan, le pregunté, ¿se calcula la edad de un hombre por los años que tiene?

El cura acostumbrado al tono particular de mis sagaces observaciones respondió secamente:

—Generalmente, así se hace.

—La generalidad entonces entiende muy poco de esta materia, dije yo; hoy me encuentro en la escuela, y soy un muchacho; mañana saldré de aquí, iré á la capital, me presentaré en la corte y seré hombre: ved aquí un cambio verificado en seis horas: por tanto, reverendo padre, con vuestro permiso creo que los acontecimientos son la medida de la edad, y no los años.

—¿Y no os halaga la idea de salir de la edad de la esclavitud y gozar de los innumerables y deslumbradores placeres y pompas del gran mundo? dijo repentinamente Montreuil, fijando en mí sus negros y penetrantes ojos.

—Todavía no se si alegrarme ó no, respondí con aire de indiferencia.

Singular respuesta, dijo el cura, y despues de una breve pausa añadió, pero tambien vos sois un jóven singular: un carácter enigmático como el vuestro es en la juventud poco comun, y perdonadme que añada, poco amable. La ancianidad, naturalmente repulsiva, necesita una máscara para cubrir su semblante, y en cada arruga puede hallarse la espresion de un nuevo proyecto oculto; pero el corazon de un jóven debe ser franco como su rostro. Sin embargo, no quiero molestaros con sermones; cambiemos de

conversacion. Decidme, Morton, ¿os arrepentís ahora de haberos dedicado por último á esos estudios mas graves y sistemáticos, únicos que en adelante pueden daros honra y fama?

—No, padre, contesté yo haciendo una inclinacion profunda, porque este cambio de conducta me ha granjeado vuestra buena opinion.

Agitáronse los delgados lábios del cura con una sonrisa de particular é indefinible espresion; levantóse, se dirigió hácia la puerta y vió que estaba bien cerrada. Yo esperaba oir inmediatamente de su boca alguna importante comunicacion, pero me engañé: guardó silencio y empezó á pasearse arriba y abajo por el cuarto en aptitud meditabunda, hasta que deteniéndose delante de unos floretes que entre otros varios objetos como libros, papeles, discos, etc. estaban confusamen-

te amontonados en un rincón de la estancia, dijo:

—Esos floretes me indican que sois el mejor tirador de todo el colegio, ¿no es así?

—Me parece que no, porque en este ejercicio me iguala ni hermano Gerald, contesté.

—Pero en correr, montar á caballo y saltar escedeis á todos, según dicen vuestros condiscípulos.

—Tengo en este punto merecida reputación; pero la tiene mayor el hijo primogénito de nuestro montero.

—Es particular, repuso el cura, no parece que hay objeto á que os cause placer el aspirar, ni aplauso que lisongee vuestra vanidad. ¿No creéis que hay algún triunfo que podría halagaros?

Yo no respondí.

—Sí, exclamó Montreuil acercándose á

mi, sí, repitió, leo en vuestro corazón, y respeto sus sensaciones: los ejercicios de que antes he hablado son cosas muy pequeñas, y el triunfo en ellos no es un triunfo digno de vos. Necesitais objetos mas nobles, recompensas mas gloriosas. El que dentro de su alma siente una voz que le dice que el destino le ha reservado un grande y principal papel en el drama de la vida, bien puede mirar con indiferencia los objetos despreciables á que aspiran los caracteres medianos.

Levanté la vista y encontrando la mirada del cura, quedé sorprendido al notar su espresion de orgullo y su viveza. Tal vez Montreuil advirtió en la mia estas mismas cualidades, porque despues de haber examinado mi semblante con aire de aprobacion mas marcado que nunca, se apoderó con fuerza de mi brazo y

dijo:—Morton, no me conocéis: tambien yo he estado sin conoceros muchos años: este tiempo ya pasó. Tan pronto como se desarrollaron vuestros talentos, fui el primero en rendir homenaje á su poder: seamos desde ahora el uno para el otro mas de lo que hemos sido hasta aquí; no seamos discípulo y maestro, seamos amigos. No penseis que os propongo un mútuo cange de buenos servicios: vos podeis heredar una gran riqueza y un nombre distinguido; yo puedo pareceros un eclesiástico desconocido é indigno; pero la autoridad del Omnipotente puede hacer que del redil y de la cabaña se levante un poder que, como órgano de su suprema voluntad, tenga á sus pies los tronos y dicte leyes á los monarcas, y yo.... yo..... Aquí se detuvo Montreuil y reprimió su entusiasmo como si temiese cometer alguna indiscrecion, despues continuó en

tono mas tranquilo. — Sí, yo, Morton, insignificante y todo como os parezco, puedo en *todos* los caminos que cruzan el intrincado laberinto de la vida ser mas útil á vuestros deseos que vos podeis serlo á los míos. En mi amistad os ofrezco un celo fervoroso, una energía y un poder que no podeis esperar en ninguno de vuestros iguales en edad y condicion. ¿Acceptais mi oferta?

—¿Podeis dudar, dije yo con vehemencia, que mi intencion es aprovecharme de los servicios de cualquier hombre por mas desagradable para mí y por mas indigno en sí mismo que ese hombre sea? ¿Con cuánta mas razon no aceptaré la amistad de una persona de tan extraordinaria instruccion é inteligencia como vos? La admito, pues, y con muchísimo placer.

El cura me apretó la mano.— Pero,

continuó fijando sus ojos en mí, todas las alianzas tienen sus condiciones. Yo necesito una confianza implícita, y por algunos años, hasta que con el tiempo hayais adquirido esperiencia: vuestro interés me induce tambien á exigir que me obedezcais. Formad un deseo, y ya sea de adelantamientos en el mundo, ya de riquezas, ya de honores, ya os contenteis con las sonrisas de los reyes, ya aspireis á los dones de los estados, yo os prometo que ese deseo será cumplido; nunca príncipe de Oriente ha tenido servidor mas fiel entre las Hadas y Genios que el que en mí tendrá Morton Devereux; pero no me preguntéis nada sobre las fuentes de mi poder: básteos que sus conductos lleven hasta vos la realizacion del deseo que hayais formado. Y cuando á mi vez (lo cual sucederá con muy poca frecuencia) os pida un favor, no me preguntéis tam-

poco con qué objeto os lo pido, ni vacileis en adoptar los medios que os proponga. Parece que esto os sorprende: ¿os gusta mi proposicion, ó quereis retirar vuestra palabra?

—Padre, contesté, vuestra proposicion tiene para mí mucho de sorprendente: encuentro en ella mucha analogía con la que el viejo de la montaña hizo á sus vasallos, y no está de acuerdo con mis ideas obligarme á seguir exactamente la voluntad de quien mañana puede tomarme por instrumento particular de su venganza.

El cura se sonrió.—Mi jóven amigo, dijo, ya no estamos en aquellos dias; ni la religion ni la amistad exigen de sus adeptos sacrificios de sangre. Pero tranquilizaos; siempre que os pida una cosa que ofenda á vuestra conciencia en lo mas mínimo, podreis negaros á mis deseos. ¿Qué decis del trato con esta escepcion?

—Que creo que le aceptaré; pero, padre, yo soy muy irresoluto y necesito tiempo para pensarlo.

—Sea, dijo el cura: mañana, despues de hacer dimision de mi cargo en manos de vuestro tio, salgo para Francia.

—¡Para Francia! diga yo, ¿y cómo? Seguramente no podreis pasar á ese pais, pues estamos con él en guerra.

—Volvió á sonreirse el cura: no habia cosa que mas me desagradara que sus sonrisas.—Los eclesiásticos, dijo, son embajadores del cielo, y nada tienen que ver con las guerras de este mundo. No encontraré dificultad en atravesar el canal. No volveré hasta que pasen algunos meses, tal vez hasta fin de año. Os dejo todo este tiempo para que tomeis vuestra resolucion sobre el convenio que os he propuesto. Entre tanto lisongead un poco mi vanidad sirviéndoos de mi poder y

dándome alguna comision que deseéis que desempeñe en Francia.

—No tengo ninguna que daros: sin embargo, aguardad:—y entonces me ocurrió el pensamiento de probar si era cierto el poder de que se jactaba.—He leído, añadí, que los reyes no tienen memoria sino cuando quieren, y que suelen olvidar completamente á sus favoritos, cuando estos ya no pueden servirles de nada. Quisiera que averiguaseis si el nombre de mi padre ha llegado á ser un sonido gótico y desconocido en la corte del gran rey. Confieso que deseo saberlo, aunque no me interesa personalmente.

—Basta, dijo el cura, se hará como decís. Y ahora, hijo mio, el cielo os bendiga y os envíe muchos amigos como este humilde eclesiástico, que cualesquiera que sean sus faltas, tiene al menos el mérito de desear ocuparse en el

servicio de las personas á quienes ama.

Dicho esto se retiró cerrando la puerta, y yo quedé sumido en profunda meditacion. Luego que dejé de oir el ruido de sus pasos dije para mí:—Muy bien, amigo eclesiástico, muy bien lo habeis hecho, pero el juego no esta concluido y veremos si el jugador de treinta años, á pesar de ser tan ducho, sabe barajar tan bien y hacer tantas trampas como el de diez y seis. El puede tener gran prisa por concluir este convenio, y en efecto creo que la tiene; pero yo debo mirarlo mucho antes de acceder y someter mis acciones á semejante guarda espiritual. Sin embargo, lo peor que puede sucederme es que me engañe, y si hago el contrato y me engaña, si me seduce y me hace caer ciegamente en alguno de los lazos que puedan tenderse á mi honor, entonces tendré una espada y la sabré ma-

nejar, y esa espada lo mismo podrá atravesar la sotana de un cura que el coselete de un soldado.

Confesemos que un jóven que tanta confianza ponía en su espada, era bien merecedor de usarla.

CAPITULO V.

Hospitalidad campestre.—Un huésped extraordinario.— No todos los elegantes son tontos.

Mis hermanos y yo éramos tres talentos precoces. Instruidos desde muy temprana edad por un hombre como el padre Montreuil, que reunía al conocimiento de las ciencias el del mundo; y habiendo sido admitidos desde nuestra niñez en todas las reuniones á que asistía la familia, adquirimos en breve las maneras del gran mundo, y yo especialmente podía lisonjearme de que el hábito constante de observar me había hecho aprovecharme grandemente de la experiencia. En nuestro colegio habíamos gozado también de cierta libertad, que á los

hombres superficiales parecia mas propia para mejorar nuestros modales, que para fortalecer nuestra moral. Sin embargo, no creo que esta perdiese nada porque no estuviésemos encerrados; al contrario con la libertad que teniamos llegamos á saber mas temprano que el vicio, á no ser por el atractivo de la prohibicion, no sería nada amable; y nuestros errores y crímenes en edad mas avanzada no tuvieron ciertamente origen en las escursiones que hicimos fuera del colegio.

Debo hacer mencion de la precocidad de nuestro entendimiento, porque de otro modo el lenguaje y las reflexiones de esta primera parte de mi historia no parecerían propios de la tierna edad en que se emplearon é hicieron. Sin embargo corresponden lo mas exactamente posible al estado de mi inteligencia en aquel período; por cierto que en edad mas avanza-

da ha padecido muchas veces mi vanidad al pensar cuán poco ha madurado el curso del tiempo mis conocimientos, y cuán insignificantes habrían sido para mí los adquiridos en la edad madura, si no me hubiesen proporcionado alguna satisfacción.

Mi tío, durante el tiempo de su vida retirada, había recibido en su casa á todas las personas que había podido reunir, fuera del círculo del gran mundo. Pero al salir nosotros del colegio ya hechos hombres, resolvió no poner límites á su hospitalidad. Abrió, pues, sus puertas según suele decirse de par en par, y como era el mayor personaje del distrito, preescindiendo de sus buenos vinos y de su cocinero francés, muchas de las personas de buen tono de la capital no juzgaron indigno de su grandeza honrar con su compañía y obsequios al rico representante de los Devereux. ¡Cielos! ¡qué

notables muestras de personajes y trajes de corte fueron desembarcando dos á dos y tres á tres en el gran salon, desde sus coches de cuello de grulla, al lado de los cuales el vehículo de nuestra familia parecia una tortuga dorada! Mi tio entre tanto, con peluca nueva y un par de medias de seda con cuadrados de plata (regalo de una *ex*-hermosa), permanecia al extremo de la galería de pinturas, para recibir las visitas con toda la gracia del último siglo.

Mi madre, que habia conservado maravillosamente su belleza, recibia sentada en una silla forrada de terciopelo verde, y dejaba atónitos á los cortesanos con su traje, que era de última y rigorosa moda. La digna condesa (habia abandonado en Inglaterra el título, mas bonito, de *madama la Mariscala*) al ponerse este traje no habia tenido la menor intencion de confor-

marse con las prescripciones de la moda; pues el nuevo peto que tanto admiraba á las gentes de Lóndres, se habia estilado en París un mes antes de la muerte de mi padre. ¿Es la moda tan noble divinidad que merezca tener tan celosos partidarios? ¿Puede haber una criatura mas servil y miserable que la que se pavonea en un pais con las galas que otro pais desecha?

Aubrey y Gerald produjeron al principio grande efecto entre la gente de corte; á mí ciertamente me habrian despreciado sin apelacion, á no haber tenido la fortuna de ser el primogénito. Esta fortuna fué un motivo mas que suficiente para que admirasen todos la sencillez de mi persona; y despues, cuando se descubrió que yo era tambien favorito de Sir William, fué una maravilla lo hermoso que les parecí. Entonces Aubrey quedó

;

por demasiado afeminado, y Gerald por demasiado alto; y un dia la duquesa de Lackland, despues de haberme colgado de cada uno de los brazos un esqueleto de hija, enjuta, fea y cetrina, dijo á mi tio en voz semejante al *aparte* de un cómico, que no vá dirigido mas que á todo el auditorio, que el condesito tenia el aire mas imponente y los ojos mas hermosos que ella habia visto en su vida. Todo esto me inspiraba confianza en mí mismo y desprecio de los demas; y no queriendo ser distinguido solamente por mi prioridad de nacimiento, resolví hacerme lo mas amable que pudiera; y á no haberme inducido mi vanidad á despreciar toda clase de imitacion, habria podido imitar con fruto un admirable modelo que el destino me habia preparado.

Corría el tiempo con rapidez: dos años habian pasado desde que salí del co-

legio, y Montreuil aun no habia vuelto. Yo tenia ya 18 años cumplidos. Aquel verano, estacion en la que solo los gatos y los médicos se cree que tienen facultades de la Providencia para residir en Londres, aquel verano vuelvo á decir, se llenó de huéspedes toda nuestra casa. Sin embargo, todavía se esperaba á uno y se le esperaba con ansia, con extraordinaria impaciencia, por ser el mas interesante, si no el mayor personaje que hasta entonces habia honrado la casa de mi tio. Hasta el condesito con su aire imponente y sus hermosos ojos, fué olvidado de todos en aquella ocasion, escepto de la duquesa de Lackland y de sus hijas, que no cesaban de admirarse de lo mucho que habia crecido. ¡ Oh! ¡qué prodigioso sería el saber, si estuviese siempre acompañado de una memoria tan viva y constante como la que acompaña al interés!

Sorprendido del movimiento universal que la llegada del nuevo huésped excitaba, pasé á ver á mi tío con el objeto de informarme de lo que ocurría. Mi tío estaba ocupado en abanicar á Lady Hasselton, hija de una hermosa dama del tiempo del rey Carlos. La grave ocupacion en que estaba empleado, no le dió tiempo mas que para contestarme lacónicamente que el huésped se llamaba Mr. Saint John.

Nunca habia leído el *Flying Post*, y nada sabia acerca de los personajes que brillaban en el gran mundo.—¿Quién es Mr. Saint John? pregunté: mi tío habia vuelto al oficio de zéfiro: la hija de la hermosa dama del tiempo de Carlos oyó mi pregunta y contestó:—el hombre mas amable de Inglaterra. Hice una cortesía y salí de aquella estancia diciendo:—; cuántas interpretaciones tiene esta respuesta!

Encontreme entonces con un furibundo político: —¿Quién es Mr. Saint John? le pregunté.

—El hombre mas ilustrado de Inglaterra, contestó el político escapándoseme con un folleto en la mano.

—¡Satisfactoria respuesta! pensé yo. Lleguéme á un elegante de primera tijera: —¿Quién es Mr. Saint John? le dije.

—El jóven mas elegante de Inglaterra, contestó arreglándose el lazo de la corbata.

—¡Quedo enterado! dije entre mí, y detuve á un eclesiástico del partido whig para repetir mi pregunta ¿Quién es Mr. Saint John?

—El mayor réprobo de toda Inglaterra, respondió el cura. Yo estaba ya demasiado atontado para preguntar mas.

Cinco minutos despues se oyó el ruido de un carruaje en el patio, luego un

ligero murmullo en la sala, abrióse la puerta y entró Mr. Saint John.

Mr. Saint John era como de treinta años de edad, de algo mas que mediana estatura, y de semblante y presencia tan nobles, que sorprendian á primera vista; siendo necesario aguardar á recobrase de la impresion que desde luego causaba, para poder examinar una por una sus cualidades. Este segundo exámen, sin embargo, no le era desfavorable: su presencia, no solo hermosa sino extraordinaria; su aire de indiferencia y aun de fatiga; sus modales desembarazados, que unas veces tocaban los límites de la suavidad femenil, y otras los del licencioso descaro; sus miradas profundas, pero vagas, parecian anunciar que su alma participaba muy poco de los caprichos pasajeros y de las frivolidades ordinarias de la vida social, á que la gracia de sus ma-

neras daba tan particular atractivo. Sus cejas eran tal vez mas anchas y espesas de lo que la simetría perfecta exigia; pero daban á su rostro la expresion de una gran fuerza de inteligencia y de voluntad. Sus facciones eran prominentes, pero delicadas, y su boca, que cerrada tomaba una expresion de firmeza ó mas bien de severidad, se agitaba, hablando, con una sonrisa de incomparable dignidad y gracia. Vestido ricamente, pero no con estravagancia, parecia cuidar mas bien que hacer desprecio de las apariencias exteriores; y todas las cualidades capaces de fascinar ó atraer le eran tan inherentes, que lo que en otros se hubiera tachado de ridículo, en él se creia natural; así no es exageracion decir que la elegancia de su traje y persona, no tanto parecia el resultado del arte, como de una propiedad innata y peculiar suya.

Tal era el aspecto exterior de Enrique Saint John, hombre al parecer dotado de mayores cualidades y perfecciones que las que hasta entonces habia visto yo en los que frecuentaban mi casa.

No quité los ojos en todo el dia del nuevo huesped; observé la viveza y amabilidad con que obsequiaba á las mujeres; la superioridad intelectual y nada pedantesca que desplegaba en sus conversaciones con los hombres; su respeto á los ancianos; su desembarazo con los jóvenes, desembarazo que nunca llegaba á tocar los límites de la familiaridad, y lo que mas que todo me interesó, la expresion de disgusto que á veces oscurecia su semblante, dejándole sumido en cierta especie de meditacion, que sin duda recaia sobre objetos muy diversos de los que le rodeaban.

Poco antes de comer, Saint John se hallaba hablando en un corro, al cual se

habia acercado, al parecer por curiosidad, el eclesiástico whig, de quien antes he hecho mencion, y que permanecia á cierta distancia como cortado y sin atreverse á tomar parte en la conversacion general. Uno de los del círculo quiso aprovechar la ocasion para burlarse de él, y en efecto sus chistes lograron escitar la risa de todos, menos de Saint John. Este se volvió de repente hácia el cura dirigiéndole una observacion en el tono mas respetuoso, y no cesó de hablar con él (no obstante la fatiga que la conversacion debió causarle, pues, entre todos los que se reunian en casa de mi tio, no habia hombre mas pesado que el tal eclesiástico) hasta que bajamos á comer. Entonces aprendí que la buena educacion no puede tener por base sino un buen natural. Entonces tambien pude hacer otra observacion: iba yo conduciendo á lady Barbara Lackland al co-

medor llevando en mi mano el extremo de su dedo índice, cuando al pasar cerca del cura le oí decir á un dependiente suyo:

—Seguramente que Mr. Saint John es el hombre de mas elevados pensamientos que tenemos en Inglaterra. Yo dije para mí: no hay mejor política que la buena educacion; los buenos modales son el mejor medio de alcanzar un buen nombre, ó de suplir la falta de él.

CAPITULO VI.

Diálogo que seria pesado, si fuese mas largo.

Tres dias despues de la llegada de Saint John, y en un momento que pude escaparme de la turba de impertinentes que me rodeaban, cojí un tomo de las obras de Cowley, y pensativo y melancólico bajé á pasear al parque. Llegué á la márgen del arroyo y á aquel mismo sitio en que mi tio me habia escitado por primera vez á dedicarme al estudio mas bien que á la lucha con mi hermano. Sentéme sobre la yerba, y no hallándome dispuesto á la lectura, apoyé la megilla en la mano y me entregué sin resistencia á la meditacion.

Así estuve no sé cuanto tiempo, has-

ta que sentí que me daban un golpecito en el hombro: levanté la cabeza y ví á Saint John.

—Perdonadme, conde, dijo sonriéndose, no habria turbado vuestras reflexiones á no haberme dado atrevimiento para ello el desprecio en que veo dejais á un antiguo amigo, en cuyo favor quiero hablaros. Y Saint John me enseñó el tomo de Cowley que habia levantado del suelo sin que yo lo viese.

—Cuando yo era jóven, añadió sentándose en el césped á mi lado, la poesia y yo éramos mejores amigos de lo que ahora somos; y si hubiese tenido á Cowley por compañero, nunca le habria abandonado como vos lo habeis hecho, ni aun para entregarme á mis propias reflexiones.

—¿Le admirais? dije yo.

—Esa es una pregunta muy general; admiro lo que es bueno en él, como en

todos, pero no por eso me gustan mas sus sutilezas y conceptos. Cowley me recuerda lo que el cardenal Pallavicino decia de Séneca, á saber, que perfumaba sus conceptos con algalia y ambar gris. Sin embargo, conde, aquí hay un pasage que parece escrito expresamente para vos:

Oiga yo descuidado, indiferente,
tendido en tierra junto á mí volar
los suaves vientos, y sobre mi frente
con las ramas lascivas disputar ;
y de cánoras aves el acento,
mas armonioso que del viento el son,
responda al árbol y responda al viento;
y acompáñeles yo con mi cancion.

—¿Qué decís de este deseo? Si alguna semilla de poesía hay en vos, estos versos deben hacerla germinar y dar flores.

—Es cierto, respondí, aunque no estaba

del todo conforme con lo que Saint John acababa de decir, pero no tengo ese germen. Hace cuatro años que le destruí: leyendo las dedicatorias de los poetas me curé de mi afición á la poesía. ¡ Qué lástima que la inspiración divina tenga por oráculos almas tan bajas !

—Es cierto, ¡ y qué industria tienen los pobres hombres para humillarse!: su destreza no tanto se muestra en un simil como en un cumplimiento; nada mas triste para mí que el descubrimiento de alguna bajeza en un grande hombre. Hay tan pocas cosas que compensen la árida masa de locuras y errores que forma los elementos de la vida, que el alma descansa cuando encuentra algo digno de estimación ó reverencia; y es triste ver, conforme vamos siendo viejos, cuán cortos y poco frecuentes se van haciendo estos momentos de reposo, y cómo se van reba-

jando los pocos objetos que podemos admirar. ¡Qué terrible enemigo es el tiempo no solo para la vida, sino para todo lo que la ensalza y ennoblece! Nuestros afectos y nuestros placeres, se parecen á aquellos árboles fabulosos que nos describe Saint Oderic, cuyos frutos, no bien acaban de madurar, se transforman en pájaros y desaparecen. Pero todavía no estais en edad de hacer estas reflexiones; volvamos á Cowley. ¿Os gustan sus escritos en prosa? Para algunos tienen grande atractivo.

—Tambien le tienen para mí, contesté; pero es porque naturalmente soy inclinado á la contemplacion, y un egoista que se complace en la contemplacion de sí mismo, es siempre un espejo en que me miro.

—El mundo, respondió Saint John con melancólica sonrisa, destruirá muy

pronto ó consolidará para siempre vuestra inclinacion ; y en cualquiera de los dos casos Cowley no dejará de ser vuestro favorito. Mas para simpatizar plenamente con los bellos panegíricos de la soledad, que son tal vez los mejores pasajes que se encuentran en Cowley , necesitais fatigaros por tan largo tiempo como yo en los negocios, ó en los placeres, que cansan mas todavía. Siempre he creido que aquellos en quienes Dios ha infundido el amor á la soledad y al retiro , poseen, como si digéramos, un sentido mas. En lo que nuestro poeta con tanta elocuencia llama « las grandes y nobles escenas de la naturaleza ; » podemos encontrar el bálsamo para las heridas que hayamos recibido en los miserables vaivenes de la política ; porque el amor á la soledad es el mas seguro preservativo contra los males de la vida ; y estoy por decir que los

romanos proclamaron en forma de alegoría una máxima de eterna verdad, cuando extendieron la creencia de que los favorecidos de Feronia, la diosa de los bosques y florestas, podían andar descalzos sobre carbones encendidos, sin experimentar la menor lesión.

Al llegar á este punto de nuestra conferencia, el ronco sonido de la campana propagándose por las largas alamedas y sobre las silenciosas aguas, nos avisó haber llegado la hora de volver á las grandes ocupaciones de la vida civilizada. Entonces nos levantamos y nos dirigimos lentamente hacia la casa.

—¿No os disgustan y cansan, dije yo, esta regularidad constante con que se suceden los acontecimientos insignificantes de la vida, y la solemnidad con que periódicamente se anuncian tales pequeñeces? Por mi parte casi desearía vivir en

los antiguos tiempos de la caballería andante, y preferiría que un vestiglo me aplastase la cabeza, ó que un grifo me llevase por los aires, á vivir en este círculo de enojosa regularidad, como una mula de noria.

—Aun viviendo en estos tiempos, respondió Saint John, podeis evitar la continua monotonía de los sucesos. Las mujeres y la política proporcionan tambien abundante cosecha de aventuras, y no debeis juzgar de la vida de las ciudades por la vida campestre.

—Ni de la conversacion de todos los hombres, dije con una mirada que implicaba un cumplimiento, por la de las insípidas y ociosas personas que llenan nuestros salones. Miradlos ahora agrupados junto á aquella ventana: ¡preciosos destiladores de palabras!; centinelas de la sociedad, cuyas frases estan ya decreta-

das de antemano como el santo, seña y contraseña de un soldado y que nunca saben salir de ellas! sábios que siguen el consejo que dió Face á Dapper:

Habla entre dientes tres veces,
habla al oído otras tantas.

CAPITULO VII.

Cambio de intenciones.—Nuevo exámen del carácter del héroe.—Conferencia entre dos hermanos.

Un dia ó dos despues de la conversacion que he referido en el capítulo anterior, Saint John, con gran sentimiento mio, partió para la capital; sin embargo, habíamos tenido muchas conferencias durante su residencia en mi casa, y cuando nos separamos me instó fuertemente para que le visitase en Londres, lo cual prometí que haría lo mas pronto posible.

En efecto, no bien se hubo marchado, pasé á verme con mi tio. Encontréle leyendo una comedia de Farquhar, y no obstante el sentimiento que me causa-

ba haber de distraerle del estudio de tan respetable escritor , estaba demasiado entusiasmado con mi nuevo plan, para dejar de interrumpir el de la comedia. En pocas palabras hice entender al buen caballero que sus descripciones me habian contagiado, que deseaba ardientemente averiguar lo que hubiese de verdad en ellas, en suma, que aquel sobrino de tantas esperanzas habia dado su palabra de ir á Londres. Mi tio me miró primero fijamente, despues juró, despues guardó silencio, luego se miró la pierna, se estiró la media, frunció el ceño, silbó, y por último me dijo que le hablase del asunto otro dia. Creo que solo hay dos clases de gente en el mundo autorizadas para aplazar las cosas para otro dia, que son los ministros y los deudores ; por consiguiente no quise aceptar la tregua que me proponia mi tio. No en vano habia

yo leído comedias , estudiado filosofía y tendido lazos al padre Montreuil : de todos estos estudios habia sacado alguna experiencia. Empecé , pues , á importunar á Sir William : ¡y qué magnífico plan es este ! ¡ Todo el que le siga puede contar con el resultado ! Al fin mi tio accedió á cuanto quise y se fijó mi partida para de allí á quince dias.

¡ Oh , con qué transporte contemplé próximos á realizarse mis deseos , cercano el logro del objeto de mi ambicion ! Apresureme á salir del cuarto , y corrí al parque : en la alegría de mi corazon me puse á cantar como un pájaro escapado de la jaula ; respiré con fuerza el aire del bosque , considerándome tan libre como él ; mis pies apenas tocaban la tierra y todo mi cuerpo parecia etéreo , alado , sublime ; tan exaltado estaba por la vivificante inspiracion de mi esperanza.

Detúveme á la orilla de un arroyo, que murmurando sobre las piedras y atravesando la impenetrable espesura del bosque, parecia la imágen de la ambicion reprimida, no menos incansable por ser mas oscura.

—Turbulento arroyuelo, exclamé luego que pude ordenar mis pensamientos en palabras, continúa tu desordenado curso; nuestro destino no será por mas tiempo el mismo; tus escursiones y murmullos no pasan de la soledad y de la sombra; tu voz muere y resucita, pero sin eco; tus olas no esparcen en rededor de tí ni fertilidad ni terror; su ira es vana, y su frescura inútil sobre el estéril suelo; en vano brilla el sol para tí entre estas monótonas soledades donde reina el silencio y la melancolía; la fortuna no carga tus aguas con sus tesoros, ni el placer se aventura á desplegar en ellas sus velas.

de seda; ni los paseos del solitario se dirigen por tus orillas para darte compañía en tu melancólica carrera; ni faz de humana belleza se inclina sobre tus turbias aguas, ni se refleja en tí la amabilidad que venera la tierra. Solitario y triste así en la tempestad como en tiempo sereno, continúas murmurando y afligido tu camino, y solamente llegan hasta tí por entre las ramas espesas y enlazadas que te cubren, los rayos de las pálidas estrellas que, como la esperanza del hombre, tiemblan sobre tus aguas y mueren antes de tiempo por efecto de la agitación de la superficie sobre que caen. Sigue tu incierto curso, murmura, da tus quejas al viento: tal ha sido hasta ahora mi suerte, pero ya se acabó la semejanza entre los dos; ya no viviré mas en la soledad y en la tristeza; ya no se gastarán vanamente mis afectos entre la estéril tierra

y las piedras ; voy á residir en el gran mundo, entre personas de alma ardiente, de mortal energía, de indómitos deseos. Mi existencia correrá alternativamente entre el orgullo de las ciudades, y la humildad con que la poesía reverencia al amor; y los claros abismos de mi corazón reflejarán todos los sueños que en él se han representado misteriosamente en mi juventud, y darán cuerpo á las hermosas visiones, á los espíritus aéreos que la imaginación me ha pintado en otro tiempo, á la Eva en fin del Paraíso que mi alma ha imaginado.

Desahogándome con este discurso incoherente de la exaltación de mis pensamientos, anduve vagando todo el día por el bosque hasta que se calmó mi espíritu; y cansado así de la excitación mental como del ejercicio corporal que había hecho, me encaminé lentamente hacia la casa. Al

subir la cuesta sobre la cual estaba situada, ví una persona que se acercaba á mí: las sombras de la noche que iban gradualmente aumentándose, no me permitieron reconocer á aquella persona hasta que estuvo casi á mi lado: era Aubrey.

Hacia algun tiempo que no buscaba yo con tanta frecuencia su compañía y conversacion. Sus devociones y costumbres le tenian apartado de los vanos placeres á que los huéspedes de mi tío y yo nos entregábamos; y Aubrey, que tenia extremada sensibilidad, se entristecia y retiraba del trato, desde el momento en que notaba cualquiera cosa que pudiese parecerse á desprecio ó indiferencia para con él; así raras veces buscaba á los demás; siempre quería ser buscado: aquella tarde, sin embargo, parecia mas animado que de ordinario.

—Me tenias con cuidado, Morton, dijo

poniendo mi brazo sobre el suyo; no te se ha visto desde esta mañana; y ¡oh Morton, mi tío me ha dicho con lágrimas en los ojos que te ibas y nos dejabas! ¿Es cierto?

—¿Con lágrimas en los ojos? ¡Pobre viejo! Y tú, Aubrey ¿sentirás también mi partida?

—¿Y me lo preguntas, Morton? ¿Pero por qué quieres dejarnos? ¿No eres feliz aquí? Ahora que ya no hay diferencia entre nosotros, ahora que puedo mirarte y oírte y amarte y confesarlo ¿por qué nos quieres dejar? Y (continuó como si temiese darme tiempo para responder) y todos aquí te elogian, y mitio y todos nosotros estamos tan satisfechos de tí. ¿Por qué desprecias nuestro afecto solamente por no ser nuevo? ¿Por qué quieres penetrar en ese mundo horrible, que con tan negros colores pintan los que le han

visto? ¿Puedes encontrar en él alguna cosa que compense el amor que aquí dejas?

—Hermano mio, dije tristemente y en un tono que le sorprendió, tan diverso era del que acostumbraba á usar; hermano mio óyeme antes de reprenderme. Sentémonos en este banco y te descubriré mi corazón con mas franqueza que nunca lo he hecho á ningun hombre. Nos sentamos en un repecho. ¡Cuán presente tengo el sitio! Desde mi ventana se puede ver en este momento el árbol que le daba sombra. ¡Cuántas veces se han marchitado y cobrado nueva vida las hermosas plantas y la verde yerba que le adornaban! ¿Y qué es la resurreccion de todos los objetos frescos y lozanos en la naturaleza exterior, si no una mofa del invariable invierno que reina en lo interior? Nos sentamos, pues, uno junto á otro, y rodeándole la cintura con mi bra-

zo, dije: Aubrey, tu amor ha sido para mí tan precioso, que solo los que como yo hayan deseado ardientemente hasta el afecto de un perro pueden comprenderlo. No pierda yo nunca tu cariño; no creas de aquí en adelante que todas las palabras que salen de mis lábios hallan eco en mi corazón; no pienses que la ironía, el sarcasmo y la amargura de lenguaje tienen origen en la perversidad del alma. Las alternativas de este carácter que te parece unas veces tan jovial y otras tan triste, dependen de que mi alma es demasiado intensa en sus afectos y demasiado exigente en que le sean pagados con igual medida. Hasta que tú buscaste mi amistad, hace apenas tres años, nadie sino mi tío, con quien nada podía tener de común sino el afecto, parecía cuidarse de mi existencia. No culpo á ninguno; todos se engañaron en el juicio que formaron de

mi carácter; pero no me culpes tan severamente si los errores ajenos modificaron mis buenas disposiciones. Tu amistad vino en mi auxilio á tiempo para salvarme de una misantropía prematura, pero demasiado tarde para desterrar completamente de mi corazón la amargura que de él se habia apoderado; pues ya se habian mezclado de tal manera con mis mejores sentimientos ciertas dosis de severidad por un lado y de acritud por otro, que llegaron á formar con ellos un todo inseparable. No suspires, Aubrey: ser adusto no es ser ingrato, y no porque haya pocos objetos capaces de inspirarme amor, te amaré menos. Me preguntas qué motivo me induce á dejarte. *El mundo*: esta será la mejor respuesta. Yo no puedo participar del desprecio y del temor con que le miras. Hace mucho tiempo que me consume una sed violenta,

ardiente, insaciable, la ambicion.

—¡Oh Morton! dijo Aubrey dando un suspiro mas largo y profundo que el primero, ¡oh qué maldita pasion! ¡La pasion que perdió al ángel Luzbel!

—No disputemos ahora, hermano mio, si esa pasion es ó no pecado por sí misma, ó si es ó no virtud cuando á virtuosos objetos se dirige. Al abrirte mi corazon solamente he querido hablarte de las causas que me mueven á marchar, no he tratado de disculparlas. Tal vez en la tierra no hay una sola cosa buena que no tenga algo de mala. Cuando me dediqué al estudio, cada uno de los conocimientos que adquiría aumentaba mi deseo de adquirir mas, y lo que al principio era una emulacion parcial, fué aumentándose por grados hasta llegar á ser una ambicion universal. Nosotros tres, Gerald, tú y yo somos los guardadores de

un tesoro, mas precioso que la mayor riqueza, el de un nombre noble y sin tacha. Por mi parte confieso que estoy impaciente por aumentar el caudal de honor que nuestro padre nos legó. No es esto todo: á pesar de nuestro elevado nacimiento, somos pobres en bienes de fortuna. Todos dependemos de las mercedes de mi tio, y por mas que las merezcamos, creo que debe de ser mejor conquistar nuestra independencia por nosotros mismos.

—Ese, dijo Aubrey, puede ser argumento para mí y para Gerald, pero no para tí que eres el primogénito y el favorito de mi tio. La naturaleza y el afecto te hacen su heredero.

—Aunque así fuere, Aubrey, muchos años han de pasarse antes que esa herencia sea mia. ¿Por qué he de permanecer ocioso en ellos, cuando mis esfuerzos tan-

tas ventajas pueden producir? Pero aunque no quiero aparentar escrúpulos que no tengo, ni negar la probabilidad de heredar un gran caudal, debes tener presente que esa herencia es posible, pero no cierta. Mi mayor edad no me da derecho á los bienes de mi tío, el cual puede dejárselos á quien quiera; y el favor, aun en los buenos, es un viento que varía sin que podamos calcular el tiempo ni la causa de sus variaciones. Pero sea de esto lo que quiera (y amo demasiado á la persona de quien depende nuestra fortuna para pensar sin dolor en la probabilidad de que pase de sus manos á las mías) confesarás á lo menos que no por haber adquirido alguna experiencia en el mundo, dejaré de merecer las riquezas que herede.

—¡ Oh! dijo Aubrey alzando los ojos, el culto de nuestro Dios nos proporciona

abundantes ocupaciones aun en el retiro; y cuanto mas nos mezclamos con sus criaturas, tanto mas es de temer que olvidemos al Criador. Pero si ello ha de ser como dices, yo rogaré por tí, Morton: el humilde y pobre Aubrey todavía puede levantar su voz en tu favor.

Mientras Aubrey hablaba de este modo estuve mirando con envidia y admiracion su semblante, que parecia hermoseado é iluminado con la belleza de un angel.

Desde el principio de nuestra conversacion se habia ido desvaneciendo la oscuridad del crepúsculo; la luna despedia su claridad (brillante sí, pero en nada parecida á la comun y profana luz del dia) sobre el bosque, sobre el campo y sobre los montecillos que nos rodeaban, en los cuales reinaba el mas profundo silencio; y cuando sus modestos resplandores caian

sobre el semblante de mi hermano, daban á sus facciones una expresion mas solemne y casi celestial. Habia en efecto en su rostro y en su actitud cierta cosa que no se hubiera desdeñado de copiar el pintor que hubiese querido retratar la imágen de un serafín: resplandecia cierto aire angelical, así en sus negros ojos anegados en lágrimas por efecto de una emocion que apenas tenia nada de terrenal, como en las lozanas y hermosas mejillas á que el fervor del pensamiento religioso daba un matiz pálido y transparente; así en la frente elevada y serena, á cuyos lados el pelo dividido por el centro, caia en largos y ondeantes rizos, como en los labios silenciosos, pero movidos por la fuerza de la oracion interior, mas ferviente cuanto mas oculta.

No quise interrumpirle en aquella súplica que dirigia al cielo, y que yo co-

nocia ser en favor mio, aunque no podia oirla. Pero cuando terminó y se volvió hácia mí, le estreché contra mi corazon.

—Hermano mio, le dije, vamos á separarnos, es verdad, pero no hasta que nuestros corazones hayan hecho desaparecer la distancia que mediaba entre ellos; no hasta que hayamos conocido que el amor fraternal puede exceder al amor de una mujer. Cualquiera cosa que te suceda, tu alma santa y devota te servirá, si no de escudo en la afliccion, de bálsamo para sus heridas. Quédate aquí; la tranquilidad de estos lugares sienta bien á tu tranquilidad interior; acuérdate alguna vez de mí en tus oraciones como ahora lo has hecho; por mi parte no sentiré tener las cualidades de aspereza y acritud de carácter que culpas en mí, si ellas pueden protegerte alguna vez contra el mal, ó reparar los agravios de que por tu ino-

cencia no puedas preservarte. Y ahora volvamos á casa, persuadidos de que en nuestra mútua amistad tenemos un tesoro que nadie puede quitarnos.

Aubrey no respondió; pero me besó en la frente y sentí caer sus lágrimas en mis mejillas. Nos levantamos y cojidos del brazo dirigimos nuestros pasos hácia casa.

¡Ah tierra! ¿Que hay en tí mas hermoso que el amor de aquellos cuyos lazos fueron formados por la naturaleza, y cuya union parece destinada á principiar desde el instante mismo del nacimiento?

CAPITULO VIII.

Mi primer amor.

¡A cuán diversas influencias estamos sujetos en este mundo! La noche de mi entrevista con Aubrey estaba deseando que llegase la hora de salir de la quinta de Devereux; y apenas habia transcurrido una semana, se disminuyó maravillosamente la prisa que tenia de dejar aquellos lugares. El sagaz lector descubrirá fácilmente la causa de esta alteracion. A unas ocho millas de la casa de mi tio habia un puerto de mar; muchos y diversos caminos de herradura conducian á él, y la poblacion era uno de los puntos que mas frecuentaba mi familia. Como á doscientas varas de la ciudad estaba situada una pequeña casa de campo, rodeada de un jardin con singular lim-

pieza conservado, y adornado de raros arbustos y plantas exóticas. Mas de una vez habia observado en este jardin una mujer en la primera lozania de la juventud, y bastante hermosa para excitar fuertemente mi curiosidad de saber quien era el propietario de la casita. Pregunté, y supe que la habitaba un español de elevado nacimiento, que habia adquirido triste celebridad por su conducta y desgracias en su pais natal, á consecuencia de cierta insurreccion, tan poco afortunada como atrevida. Habia tenido que emigrar con una pequeña cantidad de dinero, y vivia entouces refugiado y oscurecido en aquella ciudad del litoral. Era viudo y tenia una hija. No necesité preguntar mas, para saber quién fuese la hermosa jóven que habia visto y admirado.

Un dia despues de la conversacion con Aubrey que he referido en el último

capítulo, paseando solo á caballo por las inmediaciones de la casita, ví una multitud de jente que se agolpaba á la puerta. Detúveme para saber la causa.

—Señor, me dijo un viejo aldeano, creo que los alguaciles han venido á prender al extranjero, porque no paga la renta de la casa; y como no entiende nuestra especie de libertad inglesa, ha tirado de la espada y jura en su lengua extraña que no se dejará prender vivo.

No necesitaba mas para entrar en la casa. La multitud me abrió paso, luego que vió que me apeaba del caballo, y me dejó penetrar hasta la primera pieza. Allí encontré al anciano y bizarro español con la espada desnuda, teniendo á raya á dos hombres forzudos, que al parecer no querían emplear la violencia, por respeto á la persona del emigrado, ó por no maltratar á una jóven que abrazada á las

rodillas de su padre, le suplicaba cediese á su destino, pues tan inútil era la resistencia. Acortemos esta escena: pagué la deuda y despedí á los alguaciles. Después procuré explicar al español, en francés porque apenas entendia tres palabras de nuestra lengua, la causa del rigor que con él se tenia, rigor que se empeñaba en llamar grande insulto y grave falta á las leyes de la hospitalidad contra un extranjero y emigrado. Conseguí por último apaciguarle; me detuve mas de una hora en la casa, y salí de ella persuadido de que ya tenia derecho para hacerme amigo de sus habitantes y visitarlos.

Perdóneme el lector que haya acortado esta escena porque tiene relacion con un asunto de que trataré mas adelante. Desde entonces hice frecuentes visitas á la casa de campo; el español llegó en breve á tener confianza en mí, y yo creí adver-

tir que su hija se ruborizaba al verme entrar y suspiraba al verme salir.

Una tarde estaba yo hablando con D. Diego de Alvarez (así se llamaba e español), mientras él, sentado fuera del umbral de la casa, respiraba el suave ambiente que la fresca brisa del mar esparcía en torno nuestro y la fragancia que despedía la tierra sobre la cual reinaba en todo su poder el estío. Isora (la hija) estaba sentada á alguna distancia.

—¿En qué consiste, dijo D. Diego, que nunca habeis encontrado aquí á nuestro amigo el señor Bar.... Bar.... siempre se me olvidan estos nombres ingleses. ¿Cómo se llama, Isora?

—Mr.... Mr. Barnard, dijo Isora (que como habia venido tan jóven á Inglaterra hablaba el inglés cual si hubiese nacido en el pais); pero con evidente confusion y mirando al suelo mientras ha-

blaba, Mr. Barnard querreis decir.

—Eso es, querida, repuso el español que estaba fumando en una larga pipa con mucha gravedad, y no advirtió la confusion de su hija; Mr. Barnard es un gallardo jóven, aunque un poco reservado, y demasiado modesto en sus maneras.

—¡Un jóven! dije yo entre mí, y lancé una mirada penetrante á Isora. Despues añadí en alta voz:—En efecto, ¿cómo será que no le he visto aquí? ¿Hace mucho que le conoceis, señor D. Diego?

—No, no hace mucho, unas seis semanas antes que á vos, señor D. Morton. Esta mañana vino y le insté para que esperase vuestra visita; pero el pobre jóven es cauteloso y no está acostumbrado al trato con los estraños, especialmente si son de vuestra clase; aun nuestra presencia le infunde cierta cortedad. Y por entre los canosos vigotes de D. Diego salió

una nube todavía mas densa que las que ordinariamente se levantaban de su boca.

Continué fijando la vista en Isora; ella alzó la suya, vió que la miraba, se puso muy colorada, se levantó y desapareció en lo interior de la casa. Yo estaba ya celoso, y me temblaban los labios al preguntar á D. Diego:—¿Y cómo hicisteis conocimiento con ese candoroso jóven?

La pregunta traspasaba un poco los límites de la buena educacion; tal vez el español, que era bastante susceptible en semejantes materias, pensó lo mismo: lo cierto es que no me respondió. Conocí mi error y tratando de disculparle, hice, sin embargo, la misma pregunta en tono mas respetuoso y ambigüo; pero D. Diego, chupando la pipa con mas fuerza que nunca, solo contestó á mi pregunta como contestaba la tumba de Pion de que habla Pausanias, es decir, con humo. No

quise aventurarme á renovar mi interrogatorio, y guardé silencio. Mi vista estaba constantemente fija en la puerta por donde Isora habia desaparecido; pero en vano, Isora no volvió, y como el frio de la tarde empezaba á hacerse sentir demasiado para un hombre acostumbrado á vivir en otros climas mas cálidos, el español se levantó para entrar en su casa y yo me despedí por aquel dia.

Habia, como he dicho, muchos caminos en que escoger para volver á la quinta, todos igualmente bellos y pintorescos; porque la provincia en que estaban situadas las posesiones de mi tio abundaba en arroyuelos y montecillos, que se extendian hasta la misma playa y hasta las rocas del puerto. La senda mas corta, aunque la menos frecuentada por los que paseaban á caballo, corria á lo largo de la costa: esta senda fué la que yo

tomé para dirigirme lentamente á casa. Al volver un recodo como á una milla de la quinta de Devereux, se fué presentando poco á poco á mi vista el antiguo edificio. Todavía no he hecho su descripción, y tal vez no dejará de ser interesante para el lector que le describa ahora.

Habia pertenecido en los antiguos tiempos á Ralph de Bigod, de cuya posesion pasó á la de la rama mas noble de la estirpe de los Devereux, de la cual habia ido transmitiéndose por herencia y constantemente en línea directa hasta su actual propietario. Era un edificio de grande extension, con tres patios cuadrangulares, de los cuales el mas apartado se extendia hasta tocar con las cenicientas y altas rocas que dominan el mar. En aquel patio habia una tosca torre en que, segun la tradicion, estaban las habitaciones que ordinariamente ocupaba nuestro malha-

dato tocayo y lejano pariente Roberto Devereux, favorito y víctima de Isabel, cuando honraba la quinta con sus visitas. No había seguramente en la antigua torre nada que pudiese apoyar la tradición, pues solo tenía dos cuartos habitables con puerta de comunicación entre ambos; cuartos que ni por su extensión ni por su esplendor eran dignos de nota; así todos en mi casa, excepto yo, creían falso el rumor de que tan distinguido huésped hubiese habitado unos aposentos tan poco á propósito para su grandeza. Pero mirando por entre las estrechas celosías la vasta extensión de mar y tierra que las ventanas dominaban, notando que la torre estaba completamente separada del resto de la casa y que su situación proporcionaba oportunidad para salir de ella sin ser visto, á pasear por las enramadas solitarias, por las alamedas y espesura del vasto parque

que detras de ella se extendia, no pude menos de creer que Roberto Devereux, nada ceremonioso ni romántico, habia en efecto elegido para sí aquellas habitaciones retiradas, y que al elegir las habia llevado tal vez la idea de aprovechar todos los momentos que pudiera para descansar de los pesados honores y homenajes que durante su residencia en el campo se le rendian; ó bien que el patrono y poético admirador del soñador Spenser habia preferido á todas las brillantes comodidades que en las demas habitaciones de la quinta se le ofrecian, las que le proporcionaban la ocasion de salir tranquilamente y sin ser visto hasta la playa y el mar, que si hemos de creer al distinguido romano (1) tan fértiles son en inspiraciones.

(1) ¡O mare, o litus, verum secretumque Μουσείον, quam multa dictatis, quam multa inveinits!—PILINO.

De todos modos me habia lisonjeado con la creencia de que mis conjeturas eran verdaderas , y cuando salí del colegio y mi tio nos señaló á cada uno sus respectivas habitaciones , le pedí que me concediese derecho esclusivo sobre aquella deteriorada torre. Mi tio vino en ello de buena gana , y (cuán singularmente influyen las cosas pequeñas y al parecer insignificantes en la suerte futura de nuestra vida !) , creo que el gran deseo que desde entonces se apoderó de mí de visitar las córtes y mezclarme entre los hombres de estado ; el que despues me precipitó en intrigas , en guerras , en las maquinaciones de Londres , en las disipaciones de París , en los peligrosos planes de San Petersburgo , y hasta en los trabajos y molestias de la tienda de un cosaco , tuvo su origen en el imaginario honor de habitar el mismo cuarto que el brillante,

pero desgraciado cortesano de mi propio nombre, habia habitado. Así la juventud imita lo que debia evitar; así lo que debia ser para mí un escarmiento fué un ejemplo.

En el pavimento, que era de roble, del aposento exterior de esta torre, habia una trampa que daba á un cuarto bajo, ó mas bien celda, arreglada como para baño: una puerta de madera daba entrada á un largo corredor subterráneo, que conducia á una caverna inmediata al mar. A esta caverna la naturaleza y el arte le habian dado una hermosa forma gótica, y allí en las noches de luna, cuando el mar se extendia suavemente sobre la amarilla y menuda arena, y el ardor del verano templaba la frescura del aire, reunia mi tio en otro tiempo á sus huéspedes, antes que la gota y el reuma se hubiesen apoderado de él. Era aquella gruta lo

mas á propósito por sus ecos para la música, y la perspectiva que desde ella se gozaba no disminuía en nada el efecto de las dulces voces de los instrumentos músicos. Aun entonces, aunque mi tío raras veces se reunía con nosotros en aquel sitio, pasábamos en él á menudo la siesta; y las altas rocas que le rodeaban por los lados, formando una especie de bahía, ocultaban nuestras reuniones á los ojos del vulgo. Es verdad que algun paseante, algun marinero y tambien algun contrabandista, aprovechándose de la baja marea, podia introducirse hasta nosotros, porque aquellas rocas estaban perforadas con muchas escavaciones; pero nuestras nereidas de Londres, y nuestros cortesanos tritones mas bien se divertian que se asustaban con tal suceso, que ellos llamaban *una aventura*; por otra parte nuestras asambleas eran demasiado numerosas para

creer indispensable un profundo secreto. Así, pues, la gruta era casi considerada como una parte de la quinta misma, y aunque había una puerta de hierro á la entrada del pasadizo que daba á mis habitaciones, tanta era nuestra confianza en los vecinos y en nosotros mismos, que nunca se cerraba, escepto en el invierno en las horas de la marea alta.

Las estrellas despedían su suave luz sobre el antiguo y ceniciento castillo (porque realmente lo era) cuando llegué á su vista. A la izquierda y detras de él los árboles del parque que por la distancia me parecían inmediatos unos á otros, se presentaban á mis ojos como un espeso y dilatado bosque; á la derecha, conforme iba entrando en el llano, despues de haber bajado un montecillo y á una legua poco mas ó menos de la costa, se descubria una pequeña isleta, abrigo y madri-

guera de contrabandistas y aventureros, que apenas interrumpia el límpido azul de la vasta estension de mar á que alcanzaba la vista. La marea estaba baja, y pasando por uno de los arcos abiertos en las rocas de la bahia, me encontré de improviso en la caverna. Allí vi á Aubrey sentado en una piedra.

Mi conocimiento con Isora y su padre, habia seguido tan inmediatamente á la amistosa conversacion con Aubrey referida en el anterior capítulo, y habia ocupado de tal modo mi tiempo y mis pensamientos, que no conseguí en aquella entrevista todas las ventajas que podia haber logrado en el ánimo de mi hermano. Arrepentime entonces de mi involuntaria negligencia, me apeé del caballo, y atándole á un poste me acerqué á Aubrey y le dije:

—¡Tan solo, Aubrey, y en una hora!

en que mi tío siempre acostumbra á hacer resonar estas viejas paredes con el ruido de la fiesta ! Escucha ¿ no oyes la música ? Tocan en el salon de baile ¿ no es eso ?

— Sí , dijo Aubrey lacónicamente , y mirando á un libro devoto , del cual , como de costumbre , iba acompañado .

— ¡ Y nosotros somos los únicos que faltamos ! Gerald nos habrá ocupado el puesto con mas ligero paso , y tal vez con mas alegre corazón .

Aubrey suspiró . Me incliné hácia él afectuosamente (el cariño que le profesaba tenia algo de paternal sin dejar de ser cariño de hermano) , y al tiempo de inclinarme , ví que tenia los párpados encarnados como de haber llorado .

— Hermano mio , mi querido hermano , exclamé , ¿ qué te aflige ? ¿ No somos amigos y mas que amigos ? ¿ Qué pena puedes tener , de que no participe yo ?

Aubrey levantó la cabeza , me estuvo mirando largo espacio ahincadamente, moviéronse sus labios, pero no respondió.

—Habla , Aubrey , dije rodeándole el cuello con mi brazo : ¿te ha ofendido alguno , ó estás disgustado por algo? Dime si hay remedio á tu dolor.

—Morton , dijo Aubrey en voz muy baja , ¿ crees que el cielo tiene de antemano decretado , así como tiene previsto , nuestro destino?

—Esa es una pregunta de teología escolástica , dije yo sonriéndome ; pero ya sé cuánto cansan la imaginacion estas vanas sutilezas , y tú , hermano mio , te ocupas demasiado en consideraciones sobre lo futuro . Si el cielo ha decretado de antemano nuestro destino , ningun cuidado debemos tener , porque sabemos que el cielo es misericordioso.

—Morton Devereux , dijo Aubrey re-

pitiendo de nuevo mi nombre con un esfuerzo interior, que dejó descoloridos sus labios y dilató sus ojos haciéndoles brillar con fulgor extraño, Morton Devereux, veo que estoy predesdinado á ser presa del demonio.

Esta exclamacion me hizo dar un paso atrás con inesplicable sorpresa. — ¡Cielos! dije, ¿quién ha podido inducirte á pensar en tan terrible locura? ¿Por qué causa haces tan grande agravio á la bondad y clemencia de nuestro Criador?

Aubrey se desprendió de mis brazos, y se cubrió la cara con las manos. Levanté el libro que habia estado leyendo: era un tratado en latin sobre la predesdinacion, y parecia lleno de las mas tristes y descaminadas sutilezas. Sentéme á su lado, y señalándole las diversas incoherencias y contradicciones de la obra y de la doctrina que exponia, tanto y con

tal entusiasmo hablé, que al fin Aubrey levantó la vista al parecer contento y consolado.

—Deseo, dijo tímidamente, deseo que me ames y que me ames á mí solo; pero amas el placer, el poderío, la ostentacion, el ingenio, la disipacion, y no sabes lo que es amarme como yo te amo; tal vez te causo disgusto, tal vez me desprecias.

La voz de Aubrey tomó un tono mas amargo al concluir estas palabras, y en el mismo instante me ocurrió el pensamiento de que alguno le habia hecho desconfiar de mi afecto hácia él.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¿Qué ha ocurrido que pueda hacerte creer que mi afecto se ha debilitado? ¿Te han hecho alguna indicacion sobre esto?

Aubrey no respondió.

—Gerald sin duda, celoso de nuestra

mutua adhesión, ha hecho cuanto ha podido para disminuirla. Sí, ya veo que lo ha hecho.

Aubrey permaneció inmóvil, silencioso y mirando tristemente al suelo.

—Habla, dije yo, nuestra mutua amistad lo exige, habla. Ya sabes, Aubrey, cuánto te he amado y te amo: abrázame, dime que hay en el mundo que quieres que haga por tí, y lo haré sin falta.

Aubrey alzó los ojos, se encontró con mis miradas, me echó los brazos al cuello, y rompió en abundante llanto.

Yo estaba profundamente afectado.— Conozco mi falta, dije procurando consolarle: estas triste, y con razón, porque te he abandonado últimamente, y tal vez piensas que al exigir tu confianza debía haberte dado la mía. Tienes razón, y en ocasión mas oportuna te abriré mi pecho. Ahora vamos á casa: nuestro tío

no está contento, si no nos ve á su lado, y cuando mi madre pierde de vista tus negros rizos y bello semblante, creo que no encuentra nada que le parezca hermoso en el baile. Sin embargo, Aubrey, añadí, mientras él separándose de mis brazos enjugaba sus lágrimas, te confieso que me agrada mas esta escena que cualquiera otra por alegre que sea. Dije esto volviéndome hácia el mar que resplandecía con el reflejo de las estrellas, y cuyos ecos argentinos resonaban en mis oídos.

Guardamos silencio por largo rato: creo que ambos experimentábamos la influencia del espectáculo que teníamos delante; porque al fin Aubrey me tomó la mano y dijo:—Siempre has sido mas generoso y amable que yo, Morton, aunque hay ocasiones que no pareces lo que eres, y conozco que ya me has perdonado.

Volví á abrazarle afectuosamente y nos retiramos á casa.

Pero aunque quise desde aquella noche dedicar mas tiempo á cultivar el afecto de Aubrey, mi amor á Isora, que á cada momento iba aumentándose, fué un gran obstáculo á mi resolucion. Sin embargo, para disculpar el abandono que de él pudiera hacer nuevamente, no quise que se pasára el otro dia sin confiarle mi secreto. Aubrey no aprobó demasiado mi pasion; me hizo presente la situacion de Isora, mi juventud, mi ambicion mundana y sobre todo (recordándome la invencible aversion de mi tio aun al matrimonio mas ventajoso), insistió en afirmar que Sir William nunca consentiría en la consagracion legal de tan desigual amor. No me gustó mucho el recibimiento de mi hermano, lo cual hizo que no volviese á molestarle con nuevas confianzas so-

bre este asunto. Renové diariamente mis visitas á la casa del español; sin embargo, pasaba el tiempo y no decia una palabra á Isora de mi amor; experimentaba terribles celos de aquel Barnard á quien su padre tantas veces elogiaba, y á quien nunca habia podido encontrar en su casa. Parecia existir algun misterio en sus relaciones con D. Diego, misterio que este ocultaba cuidadosamente; y una vez que yo manifesté mi sorpresa por no haberle encontrado nunca alli, á pesar de visitar todos los dias la casa, el español movió con gravedad la cabeza y dijo que acababa de saber la causa verdadera de semejante singularidad, añadiendo que habia circunstancias políticas que hacian que ciertos hombres evitasen el formar nuevas relaciones, aun en su propio pais.

Al acabar de decir estas palabras se

retiró como si temiera haberme dicho demasiado, y yo me quedé pensando que Barnard estaba complicado con él en alguna intriga, mas entretenida en sí misma, que agradable para el gobierno. Vino á dar fuerza á esta sospecha el haber notado que D. Diego hacia frecuentes ausencias de su casa, y esto por las noches cuando generalmente evitaba el exponerse demasiado á los vientos y lluvias del pais, que dicho sea de paso, recuerdan lo que decia un ingenioso francés que comparaba la atmósfera de Inglaterra con el emperador Augusto colocado entre Horacio y Virgilio, esto es, entre lágrimas y suspiros, segun la graciosa ocurrencia del mismo emperador.

Pero lo que mas pena me causaba, era ver que la misma Isora no podia oir el nombre de Barnard sin visible confusión. Así, no pudiendo permanecer por

mas tiempo en tan penosa incertidumbre, resolví aventurarme á saber la verdad de sus propios lábios. Por mucho tiempo estuve buscando ocasion de hablarla: por fin una tarde habiendo llegado á su casa mas pronto de lo acostumbrado, me dijo la única criada que la servia que Don Diego habia salido para la ciudad inmediata; pero que Isora estaba en el jardin. Este jardin, aunque pequeño, estaba con el mayor ingenio cultivado, y no carecia de variedad de flores. Una alta y espesa cerca de boj, entrelazada con madreselva y rosales comunes, resguardaba á unos cuantos cuadros de vistosas y raras flores, á una pequeña fuente circular y á un rústico cenador contra las brisas del mar y las miradas indiscretas de los paseantes, á las cuales la parte descubierta del jardin estaba expuesta. Cuando atravesé la puerta de la cerca quedé sorprendido

no viendo á Isora ; pensé que tal vez estaría en el cenador ; acerquéme temblando ; ¡ cuáles fueron mi admiracion y terror al verla tendida en tierra sin conocimiento !

Dí un agudo grito y entré ; la levanté del suelo y la sostuve en mis brazos ; su tez (cuya pura y transparente blancura realzaba y hermoseaba el color sonrosado de la sangre, cuando agolpándose á sus mejillas las daba el aspecto de una de esas hojas de rosa que el viento hace temblar) estaba pálida como la muerte. Mis besos la dieron por un momento color artificial, y cuando la estrechaba contra mi corazon, me pareció que el suyo, inmóvil hasta entonces, empezaba como movido por una estraña simpatía á palpar junto al mio. Disipóse mi temor al sentir sus latidos ; pero si hubiese podido , por tenerla mas tiempo en mis bra-

zos, habria prolongado su desmayo. No estaba en mí ni atendia á lo que fuera pasaba, ni me cuidaba de otra cosa sino de Isora. Palabras entre cortadas y amorosas salian de mis lábios: pero cesaron tambien cuando sentí su aliento mezclado con el mio y su corazon palpar junto á mi pecho. Parecíame que todos los seres vivientes, escepto nosotros, habian desaparecido de la tierra como por encanto, dejándonos solos á los dos con la naturaleza muda é insensible, origen del amor y de la vida.

Isora fué volviendo en sí poco á poco; sus ojos al abrirse se fijaron en mí; púsose primero colorada y despúes pálida como cuando la encontré; desprendióse de mis brazos que yo seguí extendiendo hácia ella, y dirigiéndola palabras que no pude reprimir y que ahora no recuerdo. Escuchábame Isora, todavia

pálida y apoyada en la pared del cenador, durante el discurso confuso, cortado y casi ininteligible en que le declaré el estado de mi corazón. Luego que hube concluido volvió el rostro hacia mí; helóseme la sangre en las venas. En todas sus facciones estaba pintada una angustia indescriptible, y cuando al fin quiso hablar, moviéronse sus labios con violencia, hizo un grande esfuerzo, pero no pudo pronunciar una palabra. De nuevo me acerqué á ella y le tomé la mano cubriéndola de besos.

—¿No quereis responderme, Isora? dije temblando. Guardad, pues, silencio; pero decidme al menos con una mirada, con una seña de vuestros queridos ojos, que me perdonais, y no os preguntaré mas.

Isora pareció próxima á desmayarse de nuevo á impulso de su emocion; le-

vantó la cabeza y miró con sobresalto y terror en torno suyo; mis miradas siguieron la direccion de las suyas, y observé en la húmeda tierra impresa la huella de un hombre: aquellas pisadas no eran las mias; ademas junto al sitio donde habia encontrado á Isora desmayada ví un guante que no podia ser de mujer.

Esta observacion me causó un profundo dolor. Volvíme hácia Isora frunciendo el ceño, y echando fuego por los ojos exclamé:—Ya lo veo, ya lo veo todo; tengo un rival; este rival acaba de salir de aquí; no me amais, él es el favorecido.

Isora no respondió sino sollozando.—Le amais, añadí en tono triste pero mas suave, le amais. Basta, no os perseguiré mas con mi amor, y sin embargo..... (Detúveme un momento, porque recordé entonces muchas señales que mi corazon

habia interpretado favorablemente, y me faltó la voz).... Pero no tengo derecho para quejarme; decidme solamente Isora que amais á otro; oigalo yo de vuestros lábios y me iré tranquilo.

Isora volvió lentamente la cabeza hácia mí, y sus miradas, aunque veladas por las lágrimas, parecia que me dirigian una tierna reconvencion.

—¿Amais á otro? volví á preguntar. Y de sus lábios, que apenas se separaron al contestarme, salió una sola palabra, pero que bastó para abrasar mi corazon. —No, dijo.

—¡No! repuse yo, ¿no? repetídmelo una y mil veces. Pero entonces ¿quién es el que se ha atrevido á poneros en la situacion en que os he encontrado? ¿Quién es ese hombre, que habeis visto aquí, y cuyo nombre aun ahora mismo temeis que salga de mi boca? Respondedme una

sola palabra. ¿Es ese misterioso desconocido, á quien vuestro padre honra con su amistad? ¿Es Barnard?

De nuevo se manifestó en el semblante de Isora un profundo terror.

—Barnard, dijo, sí, sí, Barnard es.

—¿Y quién es ese Barnard? exclamé con vehemencia: ¿quién es y de dónde ha venido? ¿Qué clase de influencia es la que ejerce sobre vos? Fiaos de mí. Y renové con mas ardor mis preguntas.

Por entonces yo nada tenia que hacer allí; Isora parecia haberse recobrado completamente del susto. Con su dulzura se mezclaba cierta clase de valor y de serenidad, cualidades raras en su sexo; pero que cuando adornan á una mujer y á una española, le dan una dignidad en la cual no pensamos hasta que vemos sus resultados.

—Escuchadme, dijo, y su voz débil al

principio fué calmándose conforme hablaba.—Decís que me amais, no soy digna de vuestro amor, y, conde Devereux, si no le desprecio y le rechazo porque soy mujer y mujer débil y sensible, no quiero ofenderos fomentando esperanzas que no puedo ni me atrevo á realizar. No puedo, añadió con terrible élaridad, no puedo ser vuestra jamás, y cuando me pedís mi amor, no sabeis sin duda lo que pedís y los peligros á que os exponéis. Basta, os estoy reconocida. La pobre desterrada os agradece vuestra estimacion y afecto; nunca los olvidará, nunca, pero sea esta la última vez que nos veamos, la última, Morton.

Y como si leyese en mi corazon traspasado y desfallecido, se inclinó hácia mí que me habia echado á sus pies, y sentí caer sus lágrimas en mis mejillas.

--Dios os proteja, añadió; separémonos.

—Me insultais, dije con amargura, me ofendeis con esa frialdad y esa tibieza de afectos. Decidme, decidme solamente quién es aquel á quien amais mas que á mí.

Isora se habia vuelto para marcharse, pues yo era demasiado orgulloso para detenerla; pero cuando oyó estas palabras, se dirigió de nuevo á mí, y despues de un instante de duda me puso la mano en el hombro.

—Si el saber mi desventura puede haceros venturoso, dijo, y el tono de su voz me hizo mirarla al semblante que tenia cubierto de un vivo encarnado, sabed que no soy insensible.

No oí mas; mis lábios oprimieron involuntariamente los suyos; confundieronse nuestras almas en un ósculo prolongado y abrasador; desprendióse de mis brazos y quedé solo.

CAPITULO XI.

Un descubrimiento.—Mi partida.

Apresureme á volver á casa luego que me despedí de Isora , perdiéndome en conjeturas y tumultuosas cavilaciones. A la mañana siguiente vino á buscarme Aubrey ; contele cuanto habia ocurrido, á lo cual respondió muy poco , pero este poco me puso furioso, porque era contrario á lo que me aconsejaban mis deseos. Caracteres de esta especie , como el de Morose en la comedia *The Silent Woman*, son mas comunes de lo que se piensan: la mayor parte de los amantes oyen con disgusto cuanto tiende á contrariar sus deseos ó á desvanecer sus esperanzas ; todos convendrán en esto , si son francos. Lo mismo me sucedió respecto á Aubrey. De-

jefe con la palabra en la boca ; acababa de tomar una resolución.

—Veré, dije, á ese Barnard; le esperaré , preguntaré , y de grado ó por fuerza descubriré el secreto que sin duda existe entre esta familia emigrada y él.

Poseido de esta idea me puse la capa y me encaminé á pie hácia la casa de campo del español , con el objeto de ocultarme en sus inmediaciones. No habia sitio alguno próximo á la casa donde esconderme y desde donde vigilar cómodamente ; sin embargo , encontré una eminencia en un campo que se extendia enfrente , y en ella me puse de centinela, tendido en tierra , envuelto en la capa, fija la vista en la casa , y atento al menor rumor. Trascurrió el dia sin que llegase nadie. A la mañana siguiente bajé desde mi cuarto por el pasadizo subterráneo á la gruta del castillo. En la playa ví á Ge-

rald á la inmediacion de un pequeño bote de pescador, de los que ordinariamente estaban allí amarrados. Pasé junto á él riéndome de su diversion, que siempre se limitaba á pescar, ó cazar pájaros; él me respondió mofándose tambien de mí, y entrando con las redes en el bote se hizo á la mar.

—¿Cómo es que vas solo? le pregunté: ¿ tanta gloria resulta de pescar cohombres ó tiburones, que no quieres permitir á nadie que participe de ella?

—Otras diversiones hay para los hombres ademas de las que imaginas, contestó Gerald, poniéndose encendido de cólera. Me gustan ciertas distracciones para las cuales solo los tontos buscan compañía, y si conocieses mejor mi carácter, sagaz hermano, sabrias que el audaz aventurero consigue siempre mejores resultados en sus empresas, que el que se ali-

menta de ensueños y se limita á deseos.

Esto dijo Gerald con énfasis significativo á tiempo que remando vigorosamente se apartaba de la orilla con direccion á la opuesta isleta, á donde no tardó mucho en llegar. Mis ojos le siguieron distraido conforme se deslizaba por las olas, y revolviendo en mi pensamiento las palabras que le habia oido pronunciar.—¿Qué habrá querido decirme? exclamé casi en alta voz. ¿Pero qué importa? Tal vez tendrá amores con alguna aldeana y esto le inspira tanto orgullo y vanagloria: goce cuanto quiera de su pasion ese *audaz aventurero*.--Y me aparté de allí siguiendo la costa y encaminándome á mi puesto de vigilancia. Solo una vez me volví para mirar á Gerald: acababa de llegar en aquel momento á la isleta, que era célebre así por los pescados que en sus aguas se criaban, como por los con-

trabandistas que en ella buscaban asilo.

Llegué por fin á la pequeña eminencia de que he hablado antes, y volví á ponerme en acecho. Pasó algun tiempo: á la caída de la tarde salió el español, y se dirigió lentamente hácia la ciudad. Seguile á lo lejos: poco antes de llegar á las primeras casas de la poblacion torció el camino, y tomó una senda que conducia á la playa. Como la tarde estaba demasiado fresca, me convencí de que alguna causa importante hacia al español salir de su casa y desafiar el frio. Mi orgullo rechazó al principio la idea de seguirle; pero me persuadí á mí mismo que la felicidad de Isora, y tal vez la seguridad de su padre, dependian de que yo adquiriese algun conocimiento del carácter y designios de aquel Barnard, que al parecer ejercia tan peligrosa influencia sobre padre é hija. No dudaba que el

anciano se dirigia en su busca. Cruzábanse en aquel tiempo multitud de intrigas y planes políticos; los emisarios de la casa de los Estuardos trabajaban sin descanso para aumentar el número de sus partidarios en todas las clases de la sociedad; muchos de ellos, oscuros y humildes individuos, hacian progresar su causa mas de lo que era de esperar, atendida su aparente insignificancia. Mitio, tory moderado, hacia la oposicion aunque pacíficamente y sin vehemencia á las pretensiones de la familia proscripta. Como Sedley, que llegó á ser un revolucionario tan resuelto y firme en sus convicciones, habia visto la corte de Carlos II y experimentado demasiado el carácter de su hermano para tenerle gran respeto y estima; pero creia indecoroso manifestar una oposicion violenta á un partido, en el cual estaban afiliados mu-

chos de sus antiguos amigos ; y el buen caballero profesaba demasiado respeto á los lazos de la amistad , para romperlos por opiniones políticas. Sin embargo , en las numerosas reuniones de nuestra casa la conversacion solia siempre tomar un giro político , por mas que este giro fuese desagradable á mi tio , y en ellas habia oido muchas veces hablar de los peligros á que estábamos expuestos , y de las incessantes maquinaciones de los jacobitas. No creí por tanto aventurado suponer que aquel Barnard estaría complicado en alguna conspiracion contra el gobierno existente , y lo que dió mas fundamento á mis sospechas, fué haber oido muchas veces al español quejarse amargamente del gobierno inglés , por haber rechazado varias solicitudes y reclamaciones que él se imaginaba con derecho para hacer. Uníase á esto que D. Diego era de genio

inquieto y turbulento y capaz de arrojarse á cualquiera empresa.

Con esta idea juzgué conveniente aprovechar la primera ocasion para ver á lo menos , ya que otra cosa no pudiera ser, al hombre que, segun el mismo español confesaba, tenia razones políticas para ocultarse de mí. Mi ansia por conocer á una persona, cuyo solo nombre hacia temblar á Isora y cuya presencia la ponía en la situacion en que la habia encontrado, aguzaba este deseo hasta el punto de convertirle en pasión.

Mientras Alvarez bajaba hácia la playa , tomé el sendero superior que corria á lo largo de las rocas. En él habia un sitio donde estas eran ásperas y cortadas en picos, que me proporcionaban un punto, desde donde sin ser visto podia observar lo que debajo pasaba. Lo primero que ví fué un bote que rápidamente se

acercaba á la orilla: un hombre venia sentado en él; cuando llegó á la playa, reconocí á Gerald. Terrible momento fué aquel para mí. Alvarez se acercó á él con paso lento: permanecieron juntos cerca de una hora; ví á Gerald dar al español una carta, que parecia ser el principal objeto de la conversacion, y por último se separaron con señales mas bien de respeto que de familiaridad. D. Diego volvió á su casa y Gerald á su bote; vile alejarse con ira y disgusto inesplicables.

—¡Mi enemigo, mi rival, el destructor de mis esperanzas es mi hermano gemelo! murmuré con voz sorda.

El bote no se alejó mucho de la tierra; vile costear la orilla hasta que la distancia y la sombra apenas me permitieron divisarle. Tocó entonces la playa, y pude distinguir la sombra de otro hombre que entró en él; Gerald en vez de vol-

ver á casa dirigió de nuevo el rumbo hácia la isleta. Quedéme gran parte de la noche al sereno ; por último me retiré á mi cuarto fatigado y sin fuerzas , despues de haber desahogado en maldiciones y exclamaciones la cólera y el furor que me agitaban. Allí sin embargo, en vez de descansar mi imaginacion, se ocupó como siempre en formar planes sobre planes y proyectos sobre proyectos. ¿Hablaré á Gerald? ¿Deberé fiarme de Alvarez? ¿Renovaré mis obsequios á Isora? Si lo primero ¿qué puedo saber de mi enemigo? Si lo segundo ¿qué puedo esperar del padre, en caso de que la hija deseche mi amor? El tercer proyecto era el mas grato para mi corazon , y ese fué el que adopté por último.

¿ Pero estaba yo seguro de que Gerald y Barnard eran una misma persona? ¿No habia alguna esperanza de que así no fuese?

No ; no habia ninguna. Alvarez nunca me habia hablado de sus relaciones con ningun inglés, ecepto Barnard; tenia razones para creer que jamás habia estado relacionado con otro. ¿ No era natural por otra parte, á no ser que una causa poderosa, tal como el amor á Isora, le obligase al silencio, no era natural que Gerald hubiese hablado de sus relaciones con el español? ¿ Era verosimil que mi hermano tuviese citas con Alvarez de noche y en un sitio solitario, si la ejecucion de algun tenebroso plan, como aquel en que parecia complicado Barnard con D. Diego, no exigiese el mayor misterio? Cuál era este plan, ni podia adivinarlo, ni me importaba saberlo; lo único que me interesaba era la identidad de Barnard con Gerald Devereux, era lo que tenia relacion con la influencia que parecia ejercer sobre Isora. En esto sí que encontraba explica-

cion del deseo manifestado por Barnard de ocultarse de mí. Si Gerald era mi rival, indudablemente trataría de evitar mi encuentro, lo cual le era fácil estando en situacion de poder vigilar todas mis acciones. Entonces recordé la fama que tenia Gerald en todo el pueblo de galante y obsequioso con las damas, y cerré los ojos como para apartar de mí la vision que me representaba la belleza de sus formas y la elegancia de su persona, contrastando con la tosquedad y sencillez de la mia.

—No hay esperanza, dije, y un adormecimiento que era mas bien insensibilidad que sueño, se apoderó de mí. Funesos ensueños me persiguieron toda la noche, y cuando me dejaron libre á hora avanzada del dia, no pude levantarme de la cama: mi agitacion y mis correrías habian terminado en una fiebre ardiente. Sin embargo, á los cuatro dias me ha-

llé bastante restablecido para poder montar á caballo. Dirigíme á casa del español y solo encontré en ella á la criada que les servia. El dia antes por la mañana Alvarez y su hija habian abandonado la casa sin que nadie supiese de cierto á donde se habian dirigido, si bien se suponía que iban á Londres. La criada me dió un billete: era de Isora y contenía solamente estas líneas.

«Olvidadme; nos separamos para siempre. Si estimais en algo mi tranquilidad (no hablo de felicidad) no procureis descubrir nuestro retiro. Os suplico que olvidéis cuanto ha pasado; sois jóven, muy jóven; mil caminos teneis abiertos en la vida; cualquiera de ellos que tomeis apartará de vos el recuerdo del amor que me habeis tenido. Adios para siempre.

ISORA DE ALVAREZ.»

A este billete acompañaba una carta de D. Diego escrita en francés y en esto lo más frío y grave de lo que podía esperar. Dábame gracias por los favores que le habia hecho, manifestaba su sentimiento de no haber podido despedirse en persona de mí, y me devolvía el dinero que le habia prestado, y que me habia servido de medio para introducirme en su casa.

—Está bien, dije con calma, está bien, la olvidaré; y me volví inmediatamente á casa.—Pero, añadí tornando á mi soliloquio, quiero cerciorarme de lo que tal vez no necesita confirmacion; quiero ver si Gerald es capaz de negar el profundo agravio que me ha hecho; será al menos un consuelo para mí presenciar su desvergüenza ó su turbacion.

Con este pensamiento me apresuré á buscar á Gerald. Encontréle en su cuarto,

cerré la puerta, me senté á su lado y le dije sonriéndome:

—Querido Gerald, tengo un favor que pedirte.

—¿Cuál?

—¿Cuánto tiempo ha que conoces á un tal Barnard? Gerald se puso pálido, su voz se debilitó sensiblemente al repetir—
¡Barnard!

—Sí, repuse con afectada moderacion, Barnard, un gran amigo de D. Diego de Alvarez.

—Veo, dijo Gerald recobrando su serenidad, que sabes hasta cierto punto mi secreto: lo que no puedo adivinar es si lo sabes todo; pero te diré francamente que de mí no has de sacar mas noticias de las que ya tienes.

Cuando uno está poseido de una buena dosis de furor, es admirable cuánta tranquilidad puede mostrar. Ciertamen-

te me sorprendieron el atrevimiento y aplomo de Gerald; pero continué sonriéndome.

—¿Y á Doña Isora, podrás decirme cuanto tiempo ha que la conoces?

—Ya te he dicho, contestó Gerald con aspereza, que no quiero responder á tus preguntas.

—Ya te acordarás, repuse yo, de la antigua fábula de los dos hermanos Eteocles y Polynices que, aun despues de muertos, no quisieron unirse, y cuyas cenizas se repelieron mutuamente; en verdad, Gerald, que nuestro amor parece de la misma calidad que el suyo. No sé si nuestras cenizas mostrarán tan laudable antipatia; pero creo que nuestros corazones y nuestras manos la manifestarán mientras tengan un átomo de vida; y si nuestro parentesco (añadí temblando de ira) impide que disputemos con las ar-

mas, no impide el odio y las maldiciones del corazon.

Gerald volvió á ponerse pálido.—No te entiendo, dijo con voz desfallecida; sé que me aborreces; ¿pero, por qué, por qué ese odio tan escesivo?

Dirigile una mirada de amargo desprecio, y volviéndole la espalda salí del cuarto.

No es agradable haber de presentar al lector estas tristes escenas de odio fraternal; pero la pintura de todas las pasiones tiene su moralidad, y conviene ver á cuán grande suma ascienden las unidades de la animosidad juvenil, cuando algun acontecimiento las agrega y reune, y cuando el deseo de venganza con su acostumbrada escrupulosidad las cuenta.

Apresurémonos, sin embargo, á salir de estas escenas y á entrar en un período de mi historia que presenta mas

risueño y brillante aspecto. Gracias al cielo escribo la historia, no solo de mi amor sino de mi vida, y lo que no puedo evitar puedo al menos condensarlo.

CAPITULO X.

Capitulo muy corto que contiene un criado.

Por espacio de muchas semanas se estuvo lisongeando mi tio con la idea de que yo habia olvidado ó abandonado el proyecto de ir á Londres. ¡Pobre anciano! no se desconsoló poco cuando renové mis instancias con nueva fuerza y pedí que se apresurase mi partida! Todavía, sin embargo, procuró dilatar el dia fatal. Unas veces decia que le era imposible separarse de mí cuando su casa estaba tan llena de gente; otras veces declaraba que era una crueldad dejarle cuando tan poca gente tenia en su casa. Entre tanto mis ideas experimentaron un nuevo cambio. Luego que se desvaneció la primera impresion que en mí produjo la partida de Isora, empecé á sospechar

de la pureza de sus sentimientos hacía mí. ¿No podía Gerald, el gallardo, el cortés, el brillante Gerald, haber triunfado en sus pretensiones bajo el disfraz de Barnard, resultando de aquí la confusión de Isora cuando se pronunciaba este nombre, y la influencia que en ella ejercía el que lo llevaba?

Esta idea, una vez admitida, pronto ganó terreno. Verdad es que Isora se me había mostrado algunas veces favorable, pero esto podía nacer de coquetismo ó de compasión. Mi amor había sido un amor de muchacho, fundado en la belleza y rodeado de circunstancias novelescas; no había tratado de averiguar el carácter del objeto que lo inspiraba, y había juzgado de las cualidades del alma por las perfecciones del rostro. Fácilmente podía haber sido engañado y así lo creía; tal vez Gerald había proporcionado al padre y á la

hija el oculto retiro donde entonces se hallaban; tal vez en aquel momento unos y otros se reían de mi rivalidad y de mi locura. Me parecía que Gerald se sonreía con aire de desprecio cuando me encontraba.—No le daré yo pretesto para esas risitas, dije ofendido hasta lo sumo en mi amor propio; olvidaré á esa mujer, y aunque en otras cosas, eclipsaré la gloria de mi rival: el placer, la ambicion, la brillantez de la corte, los recursos de la riqueza me brindan con mil delicias: no seré sordo á su voz. Entre tanto no dejaré que nadie vea en mí señales de la herida que he recibido, y mortificaré la vanidad de Gerald demostrándole que á pesar de su garbo y bizarría, donde estoy yo, se olvidan todas sus cualidades personales.

Contento con esta resolucion me dediqué á obsequiar incesantemente á las mu-

chas damas de que la casa de mi tío estaba llena, resuelto á preparar entre ellas la reputacion de hombre galanté y de talento que me proponia adquirir en Londres.

—Muy mudado estás desde tu primer amor, me dijo Aubrey un dia; pero no es el amor quien te ha cambiado. Confiesa que hice bien en disuadirte de él.

—Dime, le contesté bajando la voz, ¿crees que Gerald fuese mi competidor? Y le referí las causas de mi sospecha.

Aubrey manifestó grande admiracion al oirme.—Es estraño, muy estraño, dijo, y la prueba del barco me parece casi concluyente. Sin embargo, no la creo del todo suficiente para formar un convencimiento tal que no quede la menor duda. ¿Pero qué importa todo esto? Ya has vencido tu amor.

—Sí, dije riéndome, le he vencido y

ahora estoy á punto de acometer otra empresa. ¿Qué piensas de lady Hasselton? Es hermosa y de gran viveza y despejo. No necesito mas que su amor para ser el hombre mas envidiable, y un ayuda de cámara francés para ser el mas irresistible.

—Lo primero es mas fácil de conseguir que lo segundo, repuso Aubrey; en todas partes hay mujeres livianas, pero con la guerra andan escasos los criados franceses.

—Cierto, dije yo; pero nunca he pensado en establecer una comparacion entre el valor respectivo de una dama y de un criado francés. Lady Hasselton, sin que yo trate de quitarle su mérito, no pasa de ser una mujer; pero un criado francés que sepa bien su oficio, puede darle á uno armas para conquistar mil mujeres. Diciendo esto me volví al salon.

La fortuna , que me tenia destinado á poseer el precioso afecto de lady Hasselton, me favoreció primero con el don mucho mas precioso de un criado francés. A las dos ó tres semanas despues de esta sabrosa conversacion con Aubrey , se presentó la persona mas apreciable como candidato *pour le bonheur suprême de soigner Monsieur le Comte* (1). La inteligencia brillaba en sus ojos ; una modesta serenidad reinaba en su semblante ; el respeto daba á sus pies las alas del céfiro , y las vueltas de su camisa eran la envidia del mundo.

Desde que le ví le admití á mi servicio ; y presenté á los atónitos visitantes de la casa un petimetre, mucho mas elegante que el conde Devereux, en la vaporosa persona de Juan Desmarais.

(1) Para la felicidad suprema de servir al señor conde.

CAPITULO XI.

*El héroe se porta bien como petimetre.—
Una hermosa dama del siglo diez y ocho,
y un diálogo de buen tono.—La sustancia
de esta clase de diálogos es en todas épocas
la misma.*

—Estoy pensando, Morton, dijo mi tío, que si has de ir á Londres, debes presentarte de un modo conveniente á tu alta clase. ¿Qué dirás si te doy para el camino mi coche verde y dorado? Par-diez, he de regalártelo. Nada, nada de gracias; llevarás tambien cuatro de mis yeguas flamencas.

—Amigo sir William, exclamó lady Hasselton que, segun he dicho, y recordará el lector, era hija de una hermosa dama del tiempo del rey Carlos, y se ha-

llaba sola á la sazón en el comedor con mi tío y conmigo,—querido sir William, me parece que sería mejor que permitié- seis que el conde hiciese su viaje á Lon- dres con nosotros ; la semana que viene nos vamos. Podrá ocupar un asiento en nuestro coche, con lo cual ayudará á Mr. Lovell á pagar los caballos de posta, á protejernos en las posadas, á injuriar á los postillones con los bonitos juramen- tos que están en moda, y que son tan inocentes que yo misma se los enseñaré á su señoría: y á no ser que me creais mu- cho mas temible que mi ilustre madre, cuya belleza con tanta galantería habeis elogiado, confesareis, sir William, que esto convendrá mejor á vuestro sobrino que ir haciendo penitencia solo en vues- tra carroza verde y dorada, con un pa- ñuelo por la cabeza para evitar resfria- dos, y sin mas ocupacion que hacer so-

netos á vuestras cuatro yeguas normandas.

—Pardiez, señora, habeis heredado con la belleza el talento de vuestra madre, exclamó mi tío con acento apasionado.

—Y su señoría, contesté yo, acepta vuestra invitacion sin esperar la venia de su tío.

—Atrevidillo sois para no tener mas que... veamos; ¿trece años, eh?

—En verdad, respondí, se le pasa á uno tan dulcemente el tiempo en presencia de lady Hasselton, que no le es posible recordar los años que tiene.

—Bravo, exclamó el caballero con los ojos húmedos de emocion; ya veis, señora, que no en vano ha vivido el muchacho á mi lado tantos años.

—Me he quedado estupefacta, dijo la dama mirándose al espejo; veo que desde

vuestra primera presentacion en la corte eclipsareis á todos ; pero , sir William, ¿ en qué consiste este visillo verde que advierto en todos los espejos ? El color del campo sin duda es contagioso , pues hasta los espejos verdeguean. ¿ Dónde estais conde ? (yo estaba precisamente enfrente de la hermosa dama) ¡ Ah ! ahí estais , ¿ teneis en el bolsillo algun espejito de buena calidad ? ¿ Pues no le habeis de tener ? prestádmele.

—No tengo el espejo que pedís, señora, pero tengo otro que refleja vuestras facciones con mucha mayor fidelidad.

—¿ Qué decís ? Protesto que no os entiendo.

—Este es el espejo á que me refiero , dije poniéndome la mano sobre el corazon.

—¡ Qué besos te daría ! exclamó mi tio.

—He jurado , dije fijando la vista en

lady Hasselton, he jurado no dejarme besar sino de las mujeres ; así, perdonadme, tío.

—Seguramente, dijo lady Hasselton jugando con su abanico, que era un poco mas pequeño que el biombo que se suele poner en medio de una gran sala para dividirla en dos salas regulares; seguramente, conde, que teneis mucho ingenio, y mucha originalidad. Pero decidme, sir William, ¿cómo es que vuestro sobrino siendo tan jóven (once años, ¿no decís?), ha adquirido tan admirable serenidad y experiencia de mundo?

—Señora, él os lo dirá.

—*In primis*, dije yo jugando con los cordones del baston, en primer lugar consiste en que desde niño me he dedicado al estudio de los mejores autores como Congreve y Farquhar, Etherege y

Rochester. En segundo lugar , en la constante asistencia á reñniones , en las cuales tanto se aburre uno , que al fin la desesperacion le da fuerzas para huir de ellas. En tercer lugar, en el ejemplo personal de sir William Devereux, y por último en la esperanza.

—¿ La esperanza , dijo lady Hasselton cubriéndose la cara con el abanico, de tal modo que solo me dejaba ver el mas lejano lunar de su mejilla izquierda, la esperanza?

—Sí señora , la esperanza de agradaros, y permitidme que añada que esta esperanza se ha convertido ya en certeza.

—Os aseguro, conde...

—No , no podeis negarlo : el que logra que se aplauda su descaro es irresistible.

—Sir William, exclamó lady Hasselton, podeis dar al conde vuestra carroza verde y dorada y las cuatro yeguas normandas,

y enviar una de las criadas de su madre con él : lo que es conmigo no irá.

—¡Cruel! ¿Y por qué? dije yo.

—Porque sois demasiado... (lady Hasselton se detuvo y me miró por encima del abanico; era en efecto muy hermosa)... porque teneis ya muchos años ; ya debeis haber cumplido nueve.

—Perdonad, dije, no tengo mas que nueve: nueve, número místico que representa las musas, que, como sabeis, sirven á Venus, ó á vos que es una misma cosa. Por consiguiente, así os podeis dispensar de mi compañía, como de la compañía de las gracias.

—Hasta luego, sir William, dijo lady Hasselton levantándose.

Le ofrecí la mano hasta la puerta, lo cual me costó mucha dificultad, pues su tontillo era de enorme circunferencia.— Conde, dijo, celebros mucho que hayais

aprovechado tanto en el colegio; lo que importa ahora, es que hagais buen uso de lo que habeis aprendido, mientras dure, porque para el fin del próximo invierno es de creer que hayais olvidado todos los ejemplos de mitología que ahora teneis presentes.

—Pues sería lástima, porque pienso tener tantas diosas como hay en los cielos y trato de rendirlas culto segun el gusto clásico.

—¡Picaruelo! dijo lady Hasselton dándome un golpecito con el abanico. ¿Y á qué otras deidades ademas de Venus me parezco?

—A todas, contesté, á todas las del cielo por lo menos.

Aunque estábamos ya á la mitad del camino para llegar á la puerta, la hermosa dama retrocedió despues de separar el tontillo que le impedia.

—¿A los dioses tambien como á las diosas? añadió.

—Ciertamente.

—¿Os chanceais? Decidme cómo puede ser eso.

—Nada mas fácil: os pareceis á Mercurio en el robar.

—¿En el robar?

—Sí, en el robar corazones, añadí por lo bajo acercándome á su oído, y en llevarse tras sí los ojos. A Júpiter, porque brillais y despedís por todas partes rayos; pero principalmente porque todos los seres os obedecen; á Neptuno, porque sois tan mudable como el mar; á Vulcano, porque vivís entre las llamas que escitais; y á Marte porque....

—Porque sois tan destructora, interrumpió mi tío.

—Exactamente, y tambien porque, añadí al cerrar la puerta despues de ha-

ber salido lady Hasselton, y tambien porque, gracias á vuestro tontillo, ocupais cien mil pies cuadrados de terreno.

—Pardiez, Morton, dijo mi tio, á veces me sorprendes por tu reserva y á veces por tu descaro; hoy tan decidor y mañana tan melancólico: ¿qué es esto? ¿Cómo es que lady Hasselton (en efecto que es linda; pero no puede compararse con su madre) me dijo hace ocho dias que te habia dejado desesperada, que eras pesado hasta el extremo, y mas uraño de lo que podia imaginarse, y ahora has mostrado una agudeza que el mismo Sid no hubiera sido capaz de manifestar? ¿En qué consiste esto, señorito, eh?

—Vos mismo os habeis respondido, tio; precisamente porque lady Hasselton dijo que yo era pesado y enojoso he querido convencerla de que habia errado en su cálculo.

—Eso ya es una razon, hijo mio, sigue siempre procurando desmentir la mala opinion en que te tengan, haciendo resaltar personalmente tu mérito. ¿Pero qué piensas de lady Hasselton? Ya sabes lo que el anciano Bellair dijo de Emilia. «Obséquiala mucho, es una de nuestras mejores relaciones. Me gustan su rostro y su porte; tiene una modestia superior á su edad, sí por cierto.» ¿Qué tal, no viene á cuento lo que decia Bellair, eh?

—Conozco su mérito y la aprecio en lo que vale, dije yo siguiendo el pasage de la comedia, que por haberla leído muchas veces la sabia de memoria. Mas si he de decir lo que siento, añadí, creo que debíais haber suprimido la parte que trata de su modestia.

—¡Oh que mordaces son estos jóvencillos que empiezan á vivir! Pardiez, si en vez de su modestia hubiéramos tratado

de su virtud, puede que tambien hubieras pensado mal de ella.

—¡Hum!

—Niño, niño, cuando tengas mi edad conocerás que siempre es mas peligrosa el agua mansa que la del torrente, y esto me recuerda un chascarrillo; ¿quieres que te le cuente?

—Si os place.

—Diantre, ¿dónde está mi caja de tabaco? oh, ya la encontré. Pues, señor, te contaré el caso desde el principio hasta el fin. Sedley y yo estábamos un dia hablando acerca de las mujeres; Sid era muy esperto y muy diestro en esta clase de asuntos; nunca tuvo pasion por ninguna, ya lo sabes; jamás participó del amor que pudo inspirar, nada de eso; él manejaba todos estos negocios con regla y compas, conocia á las mujeres lo mismo que á los dados, y calculaba el momento

preciso en que habian de caer en sus lazos segun los principios de la geometría. Pardiez, astuto era como un demonio; pero malo si los hay; pero ¡chiton! no hablemos mal de los muertos, y sobre todo, estas no son mas que sospechas mias. ¡Pobre amigo! En una ocasion galanteaba á una viuda como un ángel.— Toma un polvo, Morton.—Basta.—Pues volviendo á Sir Carlos, creo que al fin no conseguireis nada, le dije yo:—¿en qué principio de la ciencia os fundais Sir William? me contestó.—En que es tan modesta, y tiene un modo tan gracioso de ruborizarse, añadí.—Mirad, amigo Devereux, dijo Sir Carlos pasándose la mano suavemente por el collar, y dando como siempre el tono mas solemne á las palabras que salian de su boca; mirad, amigo Devereux, voy á deciros una máxima en que está reasumida la experien-

cia de mi vida toda: esta máxima yo respondo de que es nueva y creo que es profunda; esta máxima es.... pero no, Morton, no, no puedo decírtela, ¡es tan perversa, tan contraria á la virtud de todo el sexo!

—Mi querido tío, no me hagais padecer el suplicio de Tántalo; decídmela, guardaré el secreto.

—No, hijo mio, no, corrompería tu corazón; además no honraría demasiado la memoria del pobre Sid; ¡pero qué cosas me dijo! maquiavélicas, hijo mio, horribles.—¡Ah! ¿en qué estaba yo pensando que no te he dicho que he recibido hoy una carta del cura?

—¡Hola! ¿Y vuelve?

—Mañana, Dios mediante, estará aquí, dijo Sir William dando un suspiro.

—¡Tan pronto, ó por mejor decir, después de tan larga ausencia! Me alegro

de ello; deseaba mucho verle antes de separarme de vos.

—¿De veras? dijo mi tío, esa es una ventaja que tienes sobre mí. Pero, perdíez, Morton, ¿en qué consiste que habias llegado á ser tan amigo del cura poco antes de su partida? En otro tiempo hablaba de tí de un modo no muy favorable, pero cuando le ví la última vez te ensalzó hasta las nubes.

—Es costumbre que tiene pocas excepciones entre los jesuitas, defender al fuerte y deprimir al débil. Montreuil creyó al principio que yo era demasiado torpe para hacer fortuna, y entonces manifestó alguna duda sobre la salvacion de mi alma; pero ahora que me cree bastante entendido para llegar á gran prosperidad, no podeis figuraros, tío, con qué respeto mira mis principios.

—¡Há! ¡há! ¡há! Tienes algo del ge-

nio de tu tío, muchacho, y vive Dios que no te falta conocimiento del mundo para lo poco que has visto de él.

Brilló en los ojos de mi buen tío la expresión de su desden hacia el jesuita; siempre somos agudos cuando hablamos con aquellos de quienes creemos que piensan como nosotros. Si quereis que os tengan por superficial, mostrad una opinión contraria á la de la generalidad, y viceversa, convenid con la opinión comun si quereis que os tengan por profundo.— Tío, respondió el sagaz sobrino, olvidais que tengo mas esperiencia del mundo que muchos que han vivido doble número de años que yo; desde que vine á esta casa la he encontrado llena de gente, y me he acostumbrado á hacer observaciones sobre lo que veia, aun antes de que tuviera trece años. Ademas, habiendo leído libros en que se retratan las verdaderas

costumbres de la sociedad al mismo tiempo que tomaba las lecciones de la experiencia, ¿qué tienen de extraño mis observaciones y mis recuerdos?

—Especialmente si á todo eso ayuda el genio ¿eh, chico? á lo cual se añade que has leído mi comedia, que has traducido las sátiras de Horacio convirtiéndolas en epigramas contra tus discípulos, que has asistido con puntualidad á los jurados en tiempo de vacaciones, que has concurrido á los bailes del país, y que eres el galanteador mas precoz y atrevido. Pardiez, señor sobrino, es chistoso ver como la juventud del dia se da maña á cortejar.

—Especialmente si ayuda el genio, ¿eh tío?

—Y ademas, dijo mi tío en tono irónico, has recibido las lecciones del jesuita.

—Sí, sí por cierto, y si los jesuitas quisieran comunicar á sus pupilos su experiencia en las fragilidades mundanas, así como en la virtud, ¡qué buenos discípulos sacarían!

—Pardiez, Morton, hablas como un oráculo. ¿De dónde te ha venido la idea de satirizar á los jesuitas? ¿Hablas ya por experiencia?

—No, tío, hablo por las observaciones que he leído en las comedias, que, según me habeis dicho, son los espejos de la vida: ya sabéis lo que dice Lee:

Abates el mundo encierra,
que han mostrado mas su celo
en dar cuerpos á la tierra,
que en llevar almas al cielo.

Mi tío soltó la risa, y dijo que yo era el galopin mas travieso que habia visto.

CAPITULO XII.

La vuelta del cura. — Una espada y un soliloquio.

Al día siguiente por la tarde, hallándome solo sentado en mi cuarto, entró de repente el padre Montreuil. — ¡ Ah! ¿ sois vos? Bien venido, exclamé. El cura abrió los brazos, y me estrechó en ellos del modo mas paternal.

—Aquí teneis á vuestro amigo, dijo, que al fin ha vuelto para servirlos y agradecerlos. Mirad lo que he conseguido por vos, y presentó una larga caja de baqueta ricamente adornada con dibujos de oro.

—Por cierto, padre capellan, le dije,

supongo que eso será un regalo para vuestro discípulo.

—Y suponeis bien, dijo Montreuil abriendo la caja y sacando de ella una espada; la luz se reflejó entonces sobre el puño, y me dejó deslumbrado con sus resplandores. Todo él estaba cubierto de piedras, al parecer del mas subido precio. Atada al puño estaba una cinta de terciopelo color de púrpura, en la cual se veian escritas estas palabras con letras de oro: «Al hijo del Mariscal Devereux, soldado de Francia, y amigo de Luis XIV.»

Antes de que pudiera recobrar-me de la sorpresa que la vista de este regalo me causó, dijo el cura:—He recibido esta espada de la propia mano del rey, y estoy autorizado para deciros que si alguna vez quereis desenvainarla en servicio de Francia, se os conferirá un puesto digno de vuestro nombre.

— ¡En servicio de Francia! repetí; en la actualidad el servicio de Francia es el servicio del enemigo.

— Enemigo solo de una *parte* de Inglaterra, dijo el cura en tono enfático: tal vez tengo proposiciones que haceros de parte de otros monarcas, y la amistad de la corte de Francia puede ser sinónimo de la amistad del verdadero soberano de Inglaterra.

El objeto de este discurso era manifiesto, y á pesar de lo lisonjeada que quedó mi vanidad, retrocedí espantado. El cura notó el cambio de expresion que se verificó en mi semblante, y diestramente mudó de conversacion volviendo á ponderar el mérito de la espada, en la cual tenia yo todavía fija la vista con la complacencia de un aficionado. De los elogios de la espada pasó Montreuil á ensalzar las grandezas del regio donador,

deteniéndose por último en referirme los términos lisonjeros con que S. M. habia hablado de mi padre, y con que habia preguntado por mí; me manifestó que la ilustre casa, á que pertenecia la primera mujer de mi padre, habia concebido grandes esperanzas de que yo le fuese en breve presentado; insistió con elocuencia, mas propia del mundo que del claustro, en ponderarme la brillantez de la corte que rodeaba el trono francés, y cuando logró excitar en mí la vanidad, la curiosidad, el amor al placer, la ambicion, en una palabra, todas las pasiones que mas dominan á los jóvenes, puso fin de repente á su discurso, y me dió las buenas noches como para marcharse.

—Aguardad, dije, y mirándole mas atentamente que hasta entonces lo habia hecho, observé tal mudanza en su traje, que me sorprendió. Siempre se habia he-

cho notar Montreuil por su extremada sencillez en el vestir, pero entonces estaba ricamente ataviado, y á su lado colgaba una tizona, instrumento que nunca le habia yo visto hasta entonces. En su aspecto habia algo que estaba de acuerdo con la alteracion que habia experimentado su traje: si la larga ausencia habia hecho desaparecer la expresion de familiaridad que antes se advertia en sus facciones, lo bastante para producir en mí una impresion mas viva que la que generalmente producia, ó si el trato con los reyes y con los nobles habia dado mas dignidad á su semblante, como se dice que el poder cubrió el rostro soldadesco de Cromwel con la majestad de un monarca, no puedo yo decirlo; pero lo cierto es que en su elevada frente y facciones romanas, en la compresion de sus lábios, y en su aire tranquilo pero altivo, observé

una expresion de nobleza, que hasta entonces no habia notado.—Aguardad, padre, dije vigilando sus movimientos, y decidme, si mi pregunta no es irreverente, si los bordados y la espada son compatibles con las reglas de la compañía de Jesus.

—La política, Morton, respondió Montreuil, dispensa muchas veces el cambio de traje, y las reglas de nuestro instituto proveen con su habitual sabiduría, á las necesidades que se presentan en el mundo. Aunque las constituciones nos prohiben usar trajes que desdigan de nuestros votos de pobreza y humildad, hacen sin embargo la excepcion siguiente: «*Si in occurrenti aliqua occasione, vel necessitate, quis vestibus melioribus, honestis tamen, indueretur.*»

—¿Es decir que os hallais ahora en ocasion de haber de desplegar mas lujo que de ordinario? dije yo.

—Justamente, querido discípulo, contestó Montreuil; y cuando acepteis la oferta de mi amistad que os hice mas de dos años ha; cuando vuestra ambicion aspire á un objeto elevado y sublime; cuando el quitar y poner reyes, y aun en esfera mas noble, ejecutar la voluntad de Dios, os indemnice del sacrificio de livianos deseos y momentáneas pasiones, entonces os confiaré proyectos dignos de vuestros antepasados y de vos mismo.

Con esto salió del cuarto y yo quedé meditando sobre cuanto me habia dicho y maravillado del poder que al parecer poseia.—¡ En intimidad con los reyes! dije para mí, y atravesando con sus presentes por entre los ejércitos y los espías; hablando de elevacion y caida de imperios, como de objetos ordinarios de ambicion, él, hombre de baja esfera, indigno clérigo, humilde individuo de una

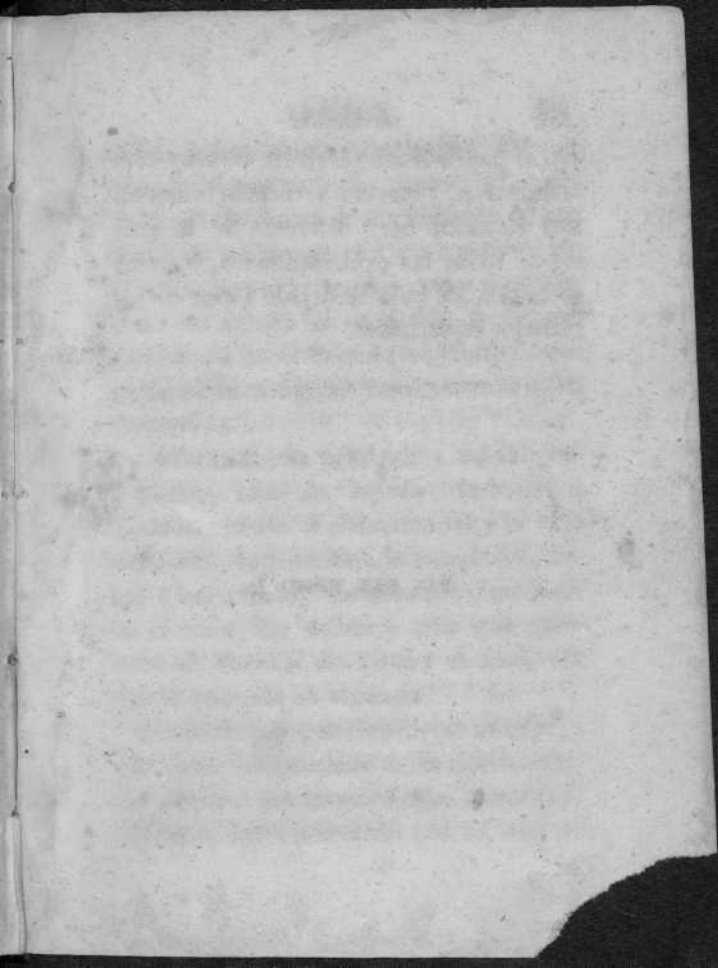
órden pobre aunque ilustrada ! Esto es mas de lo que yo podia pensar ; pero debo meditarlo antes de empeñarme en sus ocultas y peligrosas intrigas ; y sobre todo debo pensarlo mucho antes de aventurar mi segura herencia de este estenso patrimonio en servicio de esa familia , que segun dicen es ingrata y que ahora se halla desterrada.

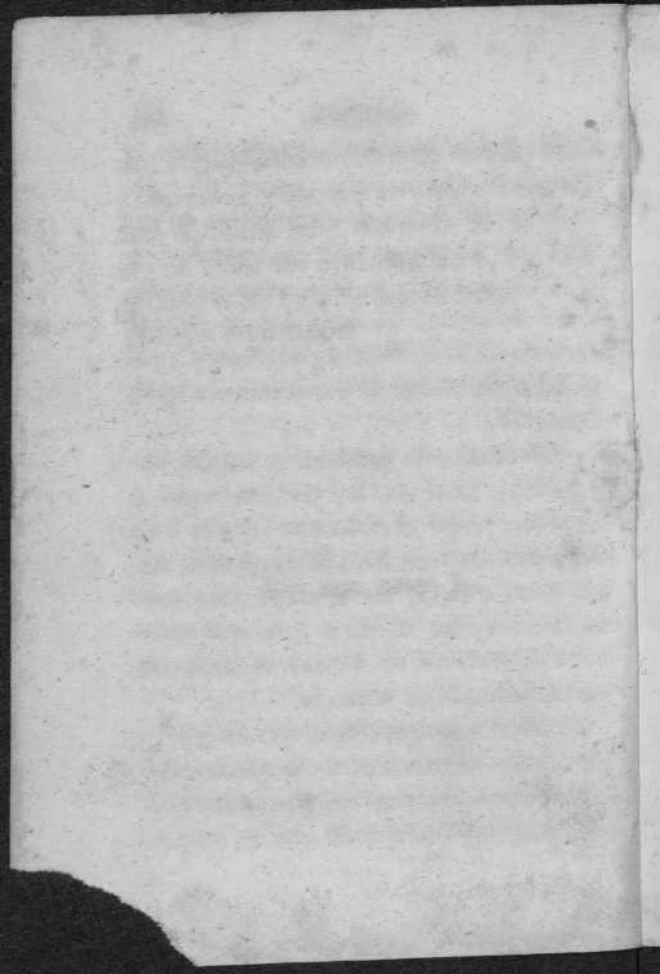
Adoptada esta prudente y notable resolucion , tomé la espada , la volví á examinar , besé el puño una vez y la hoja dos veces , la puse bajo la almohada , llamé á mi criado , me desnudé , me metí en la cama , me dormí y soñé que enseñaba al Mariscal de Villars el modo de dar la estocada en segunda.

Pero el hado , archipadrino nuestro , y que como los padrinos de la tierra arregla nuestros negocios sin que nosotros lo sepamos , tenia decretado que mi amistad

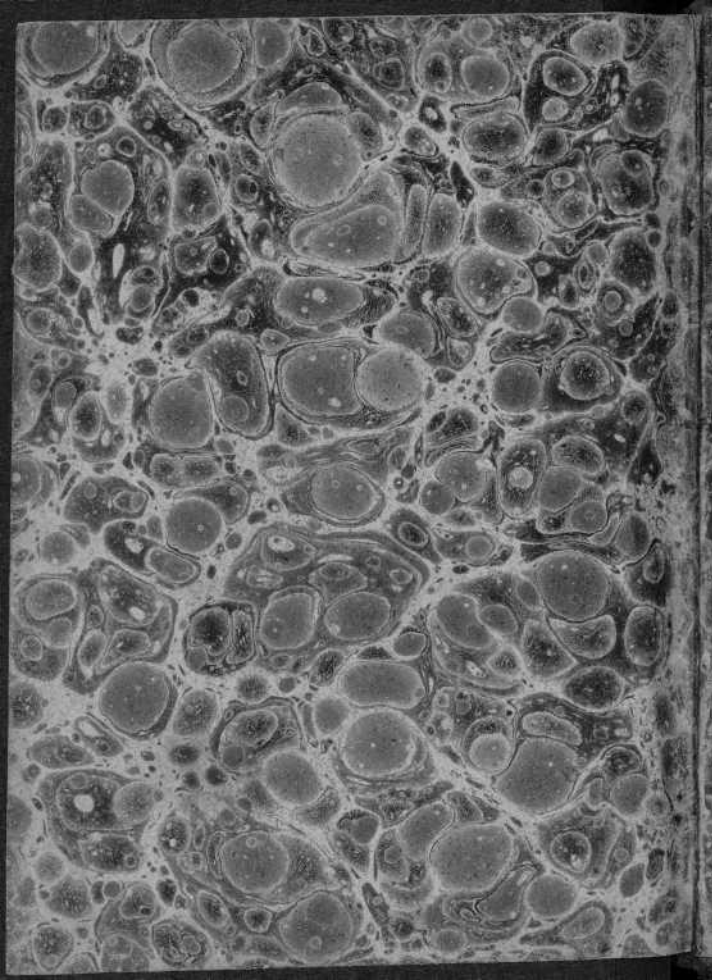
con el padre Montreuil sería de muy corta duracion, y que mis aventuras tomarían una direccion muy diferente de la que, segun todas las probabilidades, habrian tomado si me hubiese dejado llevar de sus consejos espirituales.

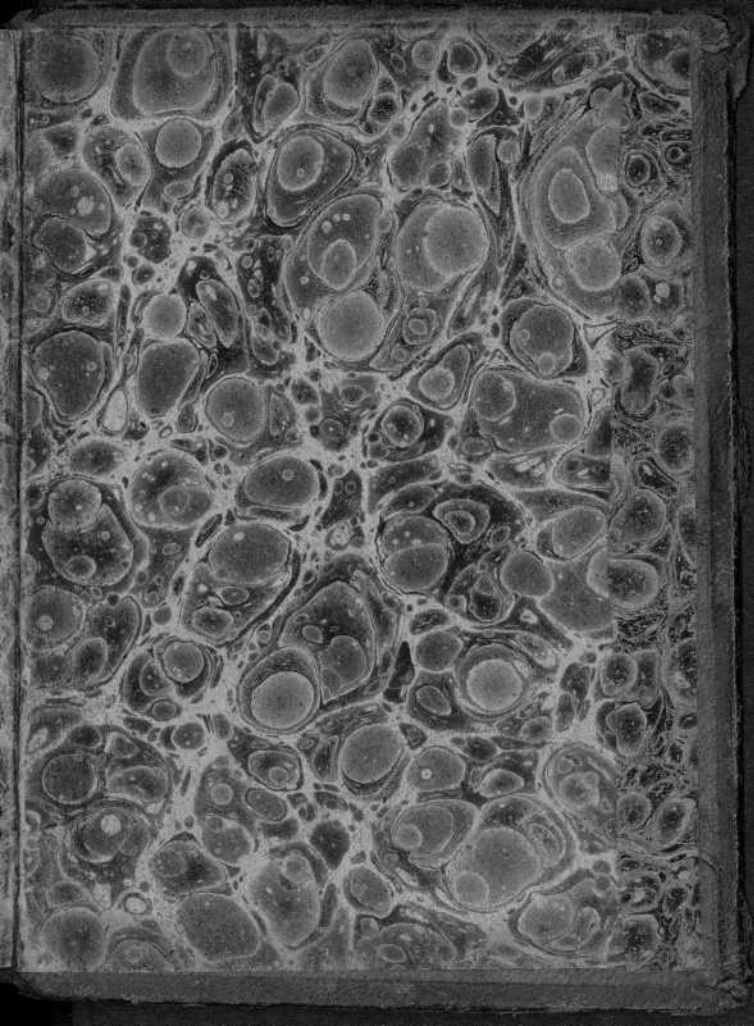
FIN DEL TOMO I.





Bayan 26-5-45
diqui







16



BULWER

EVERETT



1

630

